

INTRODUCCIÓN AL ORGANON DE LA MEDICINA

Cristian Federico Samuel Hahnemann

Presentado por José Helmer Bernal Robayo, homeólogo colombiano.

PREFACIO DEL AUTOR DE LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA*

1. No hay ninguna actividad más unánimemente reconocida como arte conjetural - *ars conjecturalis*-, desde los siglos más remotos, que la terapéutica. Ninguna entonces puede sustraerse menos a un examen crítico de su valor esencial, ya que sobre ella reposa el bien máspreciado de nuestra vida terrestre, la salud.

2. Yo me honro en haber sido el único en estos tiempos modernos que ha emprendido una revisión crítica, pero leal, de este arte, cuyas conclusiones han sido públicamente expuestas en folletos y artículos, sea anónimo, sea firmado. Est. PDP. Cap. I. En el curso de estas investigaciones, he descubierto el camino de la verdad, camino que presenté como debiendo seguirse sólo y bien distante de la gran ruta hollada por el mundo médico tradicional. Cuanto más avanzada, de verdades en verdades, más tome conciencia de cuanto diferían las leyes descubiertas -de las que no he recorrido ni aceptado ninguna sin haber estado previamente convencido por la experiencia- de aquellas de la antigua escuela -alopática-, estando estas últimas compuestas exclusivamente de opiniones fundadas sobre probabilidades cuyas bases eran bien precarias o frágiles.

3. El resultado de estas investigaciones se encuentra consignado en esta obra.

4. El futuro dirá si los médicos conscientes y de buena fe, sintiendo sus responsabilidades frente a sus semejantes, pueden continuar quedando ligados a un tal tejido estéril de conjeturas y de ideas arbitrarias, o si son capaces de abrir los ojos a la verdad, que les va a aportar la salud.

5. Conviene desde el comienzo insistir sobre la indolencia, la negligencia y la obstinación, tres graves defectos que excluyen toda posibilidad de servir en el altar de la Verdad.

6. Solamente el hombre sin prejuicios, armado de un celo intrépido, puede llegar a ser apto para una vocación así, la más sagrada de entre todas, para ejercer el verdadero arte -*téckne*- de curar. El maestro de un *téckne* así, ayudando a las criaturas del Todopoderoso a conservar la salud y la vida, confina casi con la divinidad, aproximándose así al Creador Supremo, cuya bendición, habiendo cumplido con su deber, hace mucho más feliz a su corazón.

CRISTIAN HAHNEMANN.

Köthen. 1810.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA 5ª Y 6ª EDICIÓN ALEMANA*

A) LA ALOPATÍA

1. La escuela antigua o medicina alopática, hablando de ella en general, supone siempre en el tratamiento de las afecciones, la existencia de una superabundancia de sangre, *la plétora, algo que jamás sobreviene* o de materias morbíficas y de acrimonias; Por consiguiente, extrae la sangre necesaria para la vida y se empeña en eliminar a tales supuestas materias productoras de afecciones o de transportarlas a cualquier otro lugar por medio de eméticos, purgantes, sialagogos, diaforéticos, diuréticos, emplastos, sedales, exutorios, vejigatorios, cauterios, etc.- Intenta en su vana creencia, de que así la afección disminuye y será erradicada materialmente; por el contrario, así aumenta los sufrimientos del enfermo y por obra de éstas y de otras aplicaciones afflictivas, el organismo es despojado de las fuerzas y de los jugos nutritivos que son indispensables para el proceso curativo. V. IAGOM. Intr. Pár. 4-26 nts y Nt. 73 del Af. 74. Esta escuela ataca al organismo con macrodosis de drogas poderosas, a menudo repetidas y frecuentemente prolongas durante mucho tiempo, de cuyos efectos, duraderos y corrientemente temibles, no tiene la menor idea y hasta parece que tuviera el propósito de hacerlas irreconocibles al mezclar en una sola fórmula *Org. nt. 29* a tales sustancias desconocidas que, debido a su prolongada administración, desarrollan en el organismo perturbaciones medicamentosas nuevas y, con frecuencia, imposibles de curar *Org. Af.74*. Para no caer en descrédito, ella siempre emplea, con el fin de continuar gozando del favor de los enfermos, ** diferentes medios que inmediatamente suprimen y palian por oposición -"*contraria contrariis curentur*"- los síntomas mórbidos durante un breve tiempo, pero deja la causa, una disposición mayor, la afección misma, reproducida y agravada *DTM. Pár. 3*. Ella considera, arbitrariamente, a las perturbaciones exteriores del cuerpo como puramente locales, aisladas, y con tal indiferencia, neciamente supone que las ha curado cuando las hace desaparecer por el uso de medicamentos tópicos, lo que obliga, a la afección interna a trasladarse a otra parte del organismo, más noble y más importante *Org. Af. 203*. Cuando ya no sabe qué hacer con la afección, o que esta no cede o que siempre se agrava, la escuela de medicina alopática intenta transformarla a ciegas -en otra cosa, no sabe en qué-, para lo cual, recurre a medicamentos alterantes como los calomelanos, el sublimado corrosivo y otras preparaciones mercuriales administradas en macrodosis.

2. El objeto primordial e impío de la escuela alopática, parece ser, la de hacer incurables, si no mortales, de cien afecciones que afectan la forma crónica, las noventa y nueve restantes, ya sea debilitando y atormentando continuamente al enfermo ya debilitando y añadiendo nuevas perturbaciones destructivas provocadas por las drogas. *Objetivo que fácilmente se consigue*, poniéndose al corriente de los métodos acreditados y haciéndose insensible a la voz de la conciencia.

3. Sin embargo, nunca faltan argumentos al médico alópata para defender sus razones acerca de tan nocivo proceder las que, en todos los casos, se basan en conclusiones "a priori" de sus libros o de sus maestros o en la autoridad de tal o cual médico distinguido de la vieja escuela. Allí encuentra con que justificar las acciones más opuestas y más contrarias al buen sentido, por fatales que sean en sus resultados. Pero, dejemos que sus desastrosos resultados atestigüen en su contra, en todo momento y en voz bien alta. Sólo cuando por una larga experiencia se ha convencido de los tristes resultados, se limita a

emplear bebidas insignificantes, da agua de llantén mezclada con jarabe de fresas, es decir, a no hacer nada, aún en los casos más graves y es cuando empeoran y mueren menos enfermos entre sus manos.

4. Este arte funesto, no curativo que durante una larga serie de siglos -2.700 años- se ha mantenido firmemente en plena posesión de la facultad de disponer a su placer y antojo de la vida y la muerte de sus enfermos, que ha hecho fallecer diez veces más hombres que las guerras más devastadoras y que ha enfermado y estropeado, más de lo que originalmente estaban, a muchos millones más, a esta alopatía la he considerado con más detalle en la *Introducción* a las ediciones anteriores de este libro. Ahora, en cambio, sólo consideraré exactamente a su antítesis, al verdadero arte *-täckne-* de curar descubierto por mí y al que ahora he perfeccionado mucho más. En dicha *Introducción* se refieren casos que prueban que las curas notables logradas en otros tiempos han sido siempre debidas a remedios básicamente homeopáticos descubiertos accidentalmente por el médico, puesto que eran contrarios al método terapéutico entonces prevaleciente.

B) LA HOMEOPATÍA -HOMEOLOGÍA-

5. Con respecto a la Homeopatía -Homeología-, todo es absolutamente diferente. Toda persona reflexiva puede convencerse fácilmente de que las afecciones del hombre no son ocasionadas por sustancia alguna, por ninguna acrimonia, es decir, por ninguna materia-afección, sino que sólo son desarreglos de índole similar al espíritu -dinámicos- del poder -Principio Vital- similar al espíritu que anima el cuerpo humano. *Afs. 9-12.* La Homeopatía -Homeología- sabe que la curación sólo puede tener lugar por obra de la reacción de la *Energía Vital* provocada por la administración del remedio elegido correctamente, y que la curación ha de ser cierta y rápida en proporción a la energía con que aún predomine la vitalidad en el enfermo. De aquí que la Homeopatía -Homeología- *evita todo cuanto debilita aún en el más ínfimo grado** y, en la medida de lo posible, se abstenga de toda excitación del dolor porque el sufrimiento resta fuerzas y por ello *únicamente* emplea en la curación aquellos remedios cuya facultad de alterar y deteriorar -dinámicamente- la salud le sea conocido *con certeza* y de entre éstos elige uno cuyo poder patogenético -su estado dinámico medicinal- sea capaz de eliminar por similitud -"*similia similibus*"- la afección natural en cuestión y lo administra al enfermo en forma simple, en pocas y diminutas dosis -microdinamizaciones- que, sin ocasionar dolor ni debilitamiento alguno, sean suficientes para eliminar la afección natural, de lo que resulta que sin debilitar ni dañar al enfermo ni torturarlo en lo más mínimo, dicha afección natural se extingue y el enfermo, en tanto se va sintiendo mejor, gana en fuerzas y así alcanza su curación; algo aparentemente fácil, aunque embarazoso y difícil en realidad y que ha requerido mucha reflexión.

6. La Homeopatía -Homeología- se presenta, pues, como una doctrina curativa muy sencilla, siempre la misma en sus principios y en sus procedimientos, que forma un todo aparte perfectamente independiente y que rehúsa toda asociación con la rutina de la escuela alopática que viene a ser su antítesis como la noche lo es del día y jamás tal rutina debería vanagloriarse con el nombre honorable de Homeopatía -Homeología-. *Est. Org. Af. 52.*

CRISTIAN HAHNEMANN.
Köthen. Marzo 28 de 1833.
Confirmado en París, 1842.

Visión panorámica de las fuentes y métodos paliativos de nominados alopátia y que hasta hoy han dominado en Medicina *

I. La Alopátia.

1. Desde que los seres humanos existen sobre la superficie del planeta tierra, han estado predispuestos, individualmente o colectivamente a las afecciones producidas por causas morbosas, físicas o morales. Mientras vivían las etapas de la vida natural, pocos agentes curativos pudieron requerirse, puesto que el modo sencillo de vivir daba lugar a muy pocas afecciones. Pero la humanidad al alcanzar el progreso de la civilización ha aumentado las circunstancias de enfermarse y, en igual proporción, la necesidad de auxilios medicinales. Desde entonces, es decir, desde que existió Hipócrates o sea hace 2.700 años, los hombres se han encaminado a tratar esa diversidad siempre en aumento de las perturbaciones Est. Af. 74 pero, equivocados por su vanidad, se dedicaron a conjeturar mediante el razonamiento y a suponer el modo de proporcionar tal ayuda. Incontables ideas disímiles respecto de la naturaleza de las afecciones y de los medicamentos aplicables que surgieron de tantos cerebros diferentes y los puntos de vista contradictorios, dieron lugar a los denominados “métodos” que cada uno de ellos estaba en contradicción unos con otros y aún con ellos mismos. Cada una de estas sutiles teorías, admiraba al principio a los lectores por la profundidad ininteligible, y atraía a una multitud de entusiastas prosélitos que repetían, a pesar de que ninguna utilidad podía reportar de ellos en la práctica, hasta que un nuevo método antinatural, las más veces del todo opuesto al precedente, hacía olvidar a éste, y a su vez fascinaba por algún tiempo la opinión general. Pero ninguno de estos sistemas estaba de acuerdo con la naturaleza y con la experiencia. Todos eran un tejido de sutilezas fundadas en consecuencias ilusorias que de nada podían servir en el lecho de los enfermos, y que sólo eran propios para alimentar vanas disputas. Est. Org. Af. 54; PDP. Cap. I. Pár. 3-4.

2. Al lado de estas teorías, y sin ninguna dependencia de ellas, surgió un método que consiste en emplear mezclas de medicamentos desconocidos destinados a tipos diferentes de perturbaciones, arbitrariamente admitidas, siempre en oposición con la naturaleza y la experiencia, y por consiguiente con resultados pésimos; A esta medicina secular, se le da el nombre de “alopatía”.

3. Sin desconocer los servicios que un gran número de médicos ha prestado a las ciencias auxiliares del arte *-téckne-* de curar: a la Filosofía natural -física- Est. PDP. 61-64, a la Química Id. Pár. 40-64, a la Historia natural en sus diferentes ramas y en particular a la del hombre, a la Antropología, a la Fisiología, a la Anatomía, etc., sólo me ocupó aquí de la parte práctica de la medicina, para demostrar la razón por la cual las afecciones han sido tan imperfectamente tratadas hasta hoy. En mis consideraciones no me ocuparé, debido a su bajeza, de esa rutina mecánica consistente de tratar la preciosa vida humana según las prescripciones de manuales con recetas cuyas sucesivas adiciones demuestran, infortunadamente, con cuánta frecuencia se los emplea todavía. Deliberadamente los descarto en razón de ser una práctica despreciable ejercida por la más baja ralea de chapuceros. Yo sólo me ocuparé del arte médico tal como ha sido practicado hasta hoy y que, adornándose con la vanagloria de su antigüedad, pretende poseer un carácter científico.

4. Los partidarios de la escuela secular de medicina se lisonjean de que sólo ella puede aspirar, con justicia, el título de “medicina racional” puesto que sólo ellos han buscado y se han empeñado en *eliminar la causa de la afección y han seguido el método que la naturaleza emplea en las afecciones.*

5. *Tolle causam*, eliminar la causa proclaman incesantemente. Pero no van más allá de esta exclamación vacía. *Tan sólo han supuesto* que pudieran descubrir la causa de la afección; por cierto que no la han descubierto porque no es algo perceptible ni susceptible de serlo Est. Org. Af. 12, Nts-8 y 16. Debido a que la mayoría de las afecciones -o miasmas- tienen origen dinámico -espiritual- ya que ellas son de naturaleza dinámica, espiritual, su causa no es perceptible a los sentidos, por lo que se han aplicado a imaginar una y por un examen “post mortem” de las partes normales del cuerpo

humano -anatomía- y su comparación con los cambios visibles experimentados por esas mismas partes internas en personas que han fallecido debido a perturbaciones, anatomía mórbida, y también de cuanto le ha sido posible deducir por comparación entre los fenómenos y funciones de la vida en salud -fisiología- y sus incontable alteraciones en la multiplicidad de estados mórbidos -nosología, semiótica-, deducen conclusiones relativas a los procesos invisibles en cuya virtud habrían ocurrido tales cambios en *el interior* del hombre, cuadro imaginado y confuso al que la medicina teórica contempla como “*prima causa morbi*”^[1] y así resulta que, simultáneamente, la *causa inmediata - próxima- de la afección* es la esencia íntima de la afección, *la misma afección*, a pesar de que, como lo enseña la sensata razón humana, la causa de una cosa o de un suceso jamás puede ser al mismo tiempo, la cosa o el suceso mismo. Entonces, ¿cómo podrían, sin engañarse a sí mismos, considerar a esta imperceptible esencia íntima como el objeto de sus tratamientos y prescribir para ella medicamentos cuyos poderes curativos les son igualmente desconocidos y, peor aún, suministrar varios de estos medicamentos desconocidos mezclados en eso que denominan fórmulas?

6. Pero este problema sublime cual es, descubrir “*a priori*” una causa interna e invisible de la afección, resultó, al menos en el caso de los médicos reputados como los más perspicaces de la escuela alopática, en una búsqueda bajo la guía de los síntomas, es cierto, de los que podría ser el carácter general probable de tal tipo de perturbación^[2] ¿Se trata de saber si es el espasmo, la debilidad o la parálisis, o la fiebre o la inflamación, la induración de tal o cual parte, o de exceso de sangre, falsamente llamada plétora, deficiencia o exceso de oxígeno, de carbono, de hidrógeno o de nitrógeno en los humores, la exaltación o depresión de las funciones vitales en los sistemas arterial, venoso o capilar, un defecto o cambios en la proporción relativa de los factores de la sensibilidad, de la irritabilidad o de la nutrición o reproducción? Estas conjeturas, las cuales los adeptos de la escuela alopática han pretendido dignificar bajo el título de indicaciones causales y a las que se ha considerado como si fuera la única racionalización posible en medicina, sin embargo resultan ser únicamente suposiciones, demasiado falaces pues, no tienen ninguna utilidad en la práctica; incapaces, por bien fundadas que puedan estar, de indicar el remedio más conveniente para un caso de afección; jactanciosas hasta alcanzar la vanidad de un teorizador docto pero, por lo general, conducen al error cuando se las usa como guías en la práctica y en las que ha quedado evidenciada más ostentación que búsqueda empeñada a la prescripción curativa. V. Pág. 69.

7. ¿Y con cuánta frecuencia ha ocurrido que, por ejemplo, el espasmo o la parálisis parecía estar en una parte del organismo mientras que en otra parte la inflamación se manifestaba claramente?

8. O por otra parte, ¿de dónde podrían originarse los remedios precisos para cada uno de estos supuestos caracteres generales? Parecidos medios, con certeza, únicamente pueden ser benéficos los *específicos*, es decir, remedios cuyos efectos son análogos con respecto a la irritación mórbida,^[3] pero la escuela alopática los prescribía como muy peligrosos^[4], porque en efecto, la experiencia había aclarado, que con las macrodosis consagradas por el uso, se comprometía la vida en los enfermos, durante los cuales hay una susceptibilidad muy elevada a las irritaciones homogéneas. Así no se podía curar por la vía directa y la más natural, cual es con remedios homeógenos y específicos, puesto que la mayor parte de los efectos producidos por los medicamentos eran y quedaban desconocidos, y porque aún cuando hubieran sido conocidos, jamás se hubiera podido, con parecidos habidos de generalización, prever cuál sustancia se debía emplear. V. Medicamento. Remedio y Farmacodinamia.

9. No obstante, la escuela alopática que conocía perfectamente cuánto más racional es seguir el camino recto que complicarse en rutas equivocadas, todavía creía curar las afecciones eliminado de una manera directa su *pretendida causa material -imaginaria-* Esto le era, y aún le es, casi imposible renunciar a estas ideas materialistas, procurando formarse una imagen de la afección, o descubrir indicaciones curativas, así como tampoco estaba en su poder descubrir la naturaleza a la vez espiritual y material del organismo en las alteraciones de sus sensaciones y acciones vitales, que es lo que constituye los miasmas, los cuales resultan únicamente de impresiones dinámicas y no de otra causa *Org. Afs. 11-16.*

10. La escuela secular, consideraba a la materia alterada por la afección, ya estuviera solamente en el estado de turgescencia, ya fuera arrojada al exterior, como la causa productora de la afección, o al menos, por razón de su pretendida reacción, como la que la sostiene; cuyo último concepto predomina actualmente.

11. Por ese motivo creía curar dirigiéndose a las causas, intentando toda especie de esfuerzos para expulsar del cuerpo las pretendidas causas materiales que ella suponía en la perturbación. De aquí su gran anhelo en hacer vomitar, con el fin de evacuar de la bilis en las diversas fiebres biliosas, su método de prescribir eméticos en las afecciones del estómago,^[5] sus diligentes purgas para expulsar el mucus, las lombrices y las ascárides en esos niños de tez pálida y que presentan hambre voraz y abdomen abultado,^[6] sus acostumbradas flebotomías en casos de hemorragias,^[7] y más especialmente todas las variedades de sangría,^[8] su principal remedio en las inflamaciones, cuya causa, siguiendo ahora el ejemplo de un medio parisiense muy conocido por su avidez de sangre, el cual se sigue como el rebaño de ovejas sigue al cencerro del carnero que lo conduce hasta el degolladero. Actuando de este modo, cree obedecer a las indicaciones verdaderamente deducidas de la causa, y tratar a los enfermos de un modo racional.

12. También creen los adherentes de la vieja escuela que curan radicalmente al enfermo cuando aplican una ligadura a un pólipo, cuando lo extirpan o cuando excitan artificialmente la supuración por medio de irritantes locales aplicados a crecimientos glandulares indoloros V. Pár. 30-53, extirpando tumores enquistados -esteatoma y meliceris-, cuando operan un aneurisma y las fístulas lacrimales y anales, cuando eliminan quirúrgicamente tumores cirrosos del pecho, cuando amputan una articulación afectada de necrosis, etc. Est. **FH. Lec.** V y **Cirugía**, y que su tratamiento está dirigido directamente contra la causa de la afección; y también lo suponen cuando emplean sus medicamentos *repelentes*, cuando secan úlceras de las piernas, que han supurado inveteradamente, por medio de aplicaciones astringentes de óxido de plomo, de cobre o de cinc, ayudadas siempre por la administración simultánea de purgantes que únicamente debilitan pero carecen de efecto sobre el miasma fundamental; y no hacen más que debilitar, cuando cauterizan los cánceres, chancros, extirpan condilomas localmente, eliminan la sarna de la piel por medio de ungüentos basados en azufre, óxido de plomo, de mercurio o de cinc, suprimen la oftalmía por medio de soluciones de plomo o de cinc y eliminan dolores desgarrantes en las articulaciones por medio del bálsamo de Opodog, los linimentos volátiles basados en amoníaco y las fumigaciones con cinabrio o ámbar Est. **DTM.** Cap. II. En todos estos casos suponen que han eliminado la afección, doblegándola, siguiendo un tratamiento racional dirigido contra la causa. Pero *¿cuáles son las consecuencias?* Las **METÁSTASIS** que, tarde o temprano pero que inevitablemente aparecen ocasionadas por esta manera de tratamiento, las cuales cuando aparecen, se toman enteramente como nuevas, y que *siempre son más graves de lo que era la afección primitiva*; ellas prueban sobradamente su error. V. Pár. 27, 30, 37-38; *Org. Afs.* **202-205** y Nt. 118. Ellos deberían abrir los ojos hacia esa naturaleza inmaterial de la afección cuyo origen es más profundo, dinámico, semejante al espíritu, y que sólo se puede destruir por medios igualmente dinámicos. Id. *Org.* **15-16**

13. La hipótesis preferida de la escuela secular de medicina, en verdad muy sutil hasta en los tiempos modernos, fue que las materias morbíficas y las acrimonias presentes, según ellos en las afecciones, por más sutiles que se supongan, deben ser expulsadas de los vasos sanguíneos y linfáticos por las vías de eliminación -los emuntorios-: piel, aparato urinario y glándulas salivales, por la tráquea y las glándulas bronquiales como expectoración, del estómago y de los intestinos por medio del vómito y la purga a fin de que el cuerpo pueda estar libre de la causa material que produce la afección y de este modo se efectúe una curación radical según el principio decisivo *tolle causam*.

14. Por medio de aberturas u orificios practicados en la piel del enfermo, los cuales frecuentemente se convierten en úlceras crónicas y mantenidas durante muchos años mediante la introducción de sustancias extrañas: exutorios, sedales, se intentó extraer la pretendida "*materia pecans*" del cuerpo enfermo, el cual no es más que un estado mórbido dinámico, tal como se dejaría salir a un líquido sucio por el grifo de un tonel taladrándolo con una tarraja. Supuso también que

por medio de parches permanentes de cantáridas y de la aplicación de Mezereum podían extraer los malos humores y limpiar el cuerpo enfermo todas las materias morbíficas. Pero únicamente logró debilitarlo hasta volverlo frecuentemente incurable por la acción de estos absurdos y contrarios procesos contra naturales. Est. *Org. Af.* 74 y *FH. Lec.* XXXVII.

15. Estoy de acuerdo que en todas las afecciones, las cuales se presentan para curarlas, era tanto más cómodo para la fragilidad humana suponer que hubiera algo morbífico y material, el cual la mente o el entendimiento pudiera formarse un concepto, más aún puesto que los enfermos están inclinados a admitir voluntariamente tal hipótesis. Efectivamente, porque en tal caso el médico únicamente tenía que escoger una cantidad suficiente de medicamentos para purificar la sangre y los humores, excitar la diuresis y la diaforesis, promoviendo la expectoración y limpiando el estómago y los intestinos. He aquí porqué todas las materias médicas que se han escrito desde Dioscórides hasta las más recientes, guardan un silencio absoluto, es decir, casi nada exponen acerca de la acción peculiar y especial de cada medicamento v. *Farmacodinamia*, y sólo después de haber enumerado su pretendida utilidad contra tal o cual afección en listas nosológicas de la antigua patología, se limitan a decir que se trata de un diurético que promueve la secreción de orina, un diaforético, expectorante o emenagogo, y más particularmente que tiene la propiedad de evacuar por arriba o por abajo el contenido del canal alimenticio, porque en todo tiempo los esfuerzos de los propósitos médicos han sido practicados y han tenido primordialmente el efecto de expulsar ese algo morbífico material y las numerosas acrimonias -inexistentes- que han supuesto son la causa de las afecciones.

16. No obstante, todo lo anterior, fueron sueños totalmente vanos, suposiciones e hipótesis desprovistas de fundamento, hábilmente inventadas para la comodidad de la terapéutica, porque suponía que el modo más fácil de curar debía ser el de expulsar, según ella, tales materias morbíficas -“*si modo essent*”-.

17. Pero la naturaleza esencial de las afecciones y su curación no se ajustan a tales fantasías ni a las conveniencias indolentes de los hombres que ejercen la medicina. Para sustentar tales hipótesis, estúpidas y carentes de fundamento, las afecciones o -miasmas- no pueden dejar de ser lo que son realmente: *alteraciones dinámicas que nuestro principio vital similar al espíritu experimenta en su manera de sentir y de actuar, en las sensaciones y funciones, es decir, cambios inmatrimales en nuestro modo de ser.* *Org. Nt.* 16.

18. Las causas de nuestras afecciones no pueden ser materiales, puesto que la mínima sustancia material por extraña e inocua que pueda parecernos, si es introducida en nuestros vasos sanguíneos, es prontamente rechazada por la energía vital como si esta fuera un veneno o, cuando esto ocurre, sobreviene la muerte^[9] v. *BB. Mateo. 15:* 16-20. Si una astilla, por más diminuta que fuera, penetra en una parte sensible de nuestro organismo, el Principio vital que está presente en todo -ultimátón, átomo, molécula, célula, tejido y órgano- nuestro cuerpo interior, no descansa hasta que sea eliminada por medio del dolor, la fiebre, la supuración o la gangrena. ¡Y se puede suponer que, en el caso de una perturbación cutánea, la cual persiste durante veinte años, por ejemplo, este Principio vital cuya actividad es incesante puede tolerar con paciencia v. *Tolerancia vital*, en nuestros humores, la presencia de una sustancia material exantemática, extraña y dañina, un virus herpético, escrofuloso o gotoso; ¿Qué nosólogo ha visto jamás a dicha materia morbífica, -alguien ha visto con sus ojos corporales un ultimátón o un átomo- de la cual habla con tanta seguridad y sobre las que pretende construir un sistema de tratamiento médico? ¿Quién puede exponer ante la vista el principio de la gota o el veneno de la escrófula?

19. Aún cuando la aplicación de una sustancia material sobre la piel, o su introducción sobre una herida o úlcera haya propagado trastornos por infección ¿quién podría probar, -como tan comúnmente ha sido afirmado en trabajos de patología mórbida- que la mínima partícula de esa sustancia material haya penetrado en los fluidos -humores- o haya sido absorbida?^[10] El lavado más cuidadoso e inmediato de los genitales no protege al sistema de infección por la afección del chancro venéreo *DTM.* 117-119 y *Nt.* Basta un soplo de aire proveniente del cuerpo de una persona enferma de viruelas para producir esta horrible afección en un niño sano.

20. ¿Qué cantidad ponderable de este principio material podría haber sido absorbido e incorporado a los fluidos como para producir o desarrollar, en el primer caso, un agobiante miasma, la *syphilis* que cuando no ha sido curado únicamente se extingue con la muerte y, en el segundo caso, una afección -viruelas- a la que acompaña una supuración casi generalizada y que comúnmente acaba con la vida?^[11] En estos y en otros casos análogos ¿es posible mantener la suposición de que algún principio morbífico material se haya implantado en la sangre? Se ha observado frecuentemente que una carta escrita en la habitación de un enfermo y a gran distancia de la que la leía, se transmite la misma afección contagiosa. En este ejemplo ¿se puede admitir que algo material y morbífico ha penetrado en los fluidos del organismo? Pero ¿qué necesidad o para que sirven estas pruebas? ¿Cuántas veces, se ha observado, lo cual muy a menudo ha sucedido que una palabra injuriosa ocasiona una fiebre biliosa, y pone la vida en peligro, o una predicción supersticiosa de muerte que la provoca en el tiempo predicho y comunicar abruptamente noticias infaustas o excesivamente alegres ha originado muertes repentinas. En todos estos casos ¿dónde está el principio morbífico material, que en sustancia, se ha introducido en el cuerpo y ha sido capaz de producir y mantener la afección y cuál sería ese algo material sin cuya expulsión la curación sería imposible?

21. Los partidarios de esta torpe y falsa hipótesis, la de los principios morbíficos, deberían avergonzarse de haber desconocido tan desconsideradamente y de no haber apreciado la naturaleza espiritual -energética- de la vida y al poder dinámico -energético- de las causas que producen las afecciones y, por consiguiente, de haberse degradado a un comportamiento tan innoble, de convertirse en meros doctores de los desechos v. **BB.** *Marcos. 7: 15-23*, esforzándose únicamente por expulsar del cuerpo enfermo dichas materias morbíficas que jamás existen, destruyendo así la vida de los enfermos en lugar de curarlos.

22. ¿Serían pues, los esputos sucios, a menudo repulsivos, que se observan simultáneamente en las perturbaciones lo que en realidad produce y mantiene a la afección?^[12] ¿Acaso no son siempre, por el contrario y en todos los casos *productos de excreción de la misma afección, es decir, de la alteración puramente dinámica de la vida que se halla alterada y desarmonizada?*

23. Con estos conceptos tan falsos y tan materialista en lo que respecta al origen y la esencia de las afecciones, no es sorprendente, por cierto, que en todos las épocas el principal empeño de los médicos menos prácticos y aún de los inventores más distinguidos de los sistemas médicos más célebres ha sido siempre el de apartar y expulsar una supuesta materia morbífica y que la prescripción más frecuente ha sido la de eliminar y poner en marcha dicha materia morbífica con el fin de lograr su expulsión por medio de la salivación, expectoración, diaforesis y diuresis a fin de purificar la sangre, de acrimonias e impurezas, *que jamás existen*, por la acción y el manejo diestro de numerosas cocciones de raíces y plantas; el de extraer mecánicamente la supuesta "*materia pecans*" de la afección por el canal intestinal por medio de los sedales y exutorios, manteniendo abiertas y supurando la zonas de la epidermis, apelando a vejigatorios permanentes o a la corteza de Mezereum, pero principalmente procurando expulsar y purgar la "*materia pecans*" o materias nocivas, como se las califica, por los intestinos mediante medicinas laxantes y purgantes y a los que, a fin de adjudicarles un significado más profundo y una apariencia de mayor prevención se los ha denominado, incesantemente, *disolventes y aperitivos suaves*; prescripciones todas destinadas a la expulsión de materias morbíficas hostiles que jamás pudieron ser y nunca serán factores en la producción y mantenimiento de las afecciones en el organismo humano, animado como está de un *principio espiritual*, de las afecciones que jamás fueron otra cosa que desarreglos dinámicos y espirituales -energéticos- de la vida, alterada en sus sensaciones y funciones. *Org. Af. 9.*

24. Estos esfuerzos de expulsar una supuesta materia morbífica capaz de generar y sostener las afecciones -o miasmas- se debe tener por ridículas.

25. Ahora, *si admitimos lo que no se puede dudar: que ninguna afección puede ser ocasionada por ninguna sustancia material, a excepción las que resultan por la introducción de sustancias totalmente indigestas o perjudiciales en los órganos digestivos o en otros orificios o vísceras del cuerpo, o las que provienen por la penetración de cuerpos extraños que atraviesan la piel, etc. En*

una palabra que la afección no puede ser causada por ninguna sustancia material, que toda perturbación únicamente es -y siempre ha sido y será- una *alteración peculiar, virtual, y dinámica* de la salud. *Org. Afs. 11-16* y Nts. ¡Cuán insensato y fatal resulta a toda persona razonable un método de tratamiento dirigido a la expulsión^[13] de esa sustancia material imaginaria, puesto que ningún beneficio aporta sino sólo un daño bestial resulta de su aplicación en las principales afecciones crónicas de la humanidad!

26. Resumiendo, las sustancias degeneradas y las impurezas que aparecen en las perturbaciones son, innegablemente, nada más que productos de la afección, de las cuales el organismo sabe desembarazarse, de una manera a veces excesivamente violenta, sin requerir la ayuda del medicamento evacuante; además, en tanto el organismo permanezca sometido a la perturbación, invariablemente elaborará tales productos. El verdadero médico -homeólogo- considera que estas materias son síntomas mórbidos reales del miasma, los cuales le ayudan a descubrir y a trazar la imagen exacta de él, lo habilita para curarlo por medio de un agente morbífico medicinal homeopático, semejante.

A) Método derivativo.

27. Pero los actuales partidarios de la escuela alopática, no admiten aparentar con sus tratamientos que su principal objeto es el de expulsar sustancias morbíficas materiales. Alegan que sus múltiples procesos evacuantes a los cuales llaman *método derivativo*, mediante los cuales ellos siguen el ejemplo de la naturaleza cuando, en sus esfuerzos para restablecer la salud, disipa la fiebre por medio de la transpiración y la diuresis. La pleuresía mediante la epistaxis, sudor y esputos mucosos; otras perturbaciones por el vómito, la diarrea y pérdida de sangre por el ano; los dolores articulares por ulceraciones en las piernas, la angina por la salivación, etc., o bien las elimina mediante metástasis y abscesos que ella produce en partes distantes del sitio de la afección V. Párr. 12.

Según esto, ellos creen que lo mejor es irritar a la naturaleza, siguiendo caminos equivocados y dando rodeos en el tratamiento de la mayoría de las perturbaciones, tal como lo hace la energía vital afectada cuando queda abandonada así misma y, de un modo indirecto^[14] pretenden por medio de irritantes -fuertes- heterogéneos aplicados a órganos distantes del sitio de la perturbación y totalmente disímiles de los tejidos afectados, provocando evacuaciones que generalmente las mantienen con el fin de atraerla hacia esta localidad.

28. *Esta derivación, como la denominan, ha sido y continúa siendo uno de los principales métodos de tratar afecciones de la escuela de medicina reinante hasta hoy.*

Imitando así a la *Naturaleza medicatrix* o *Natura Morborum* cuando actúa por su cuenta, como afirman algunos, ellos intentan forzar violentamente nuevos síntomas en los tejidos o partes menos enfermas y que mejor pueden soportar la perturbación medicamentosa, la que deberían apartar de la afección primaria^[15] bajo la apariencia de crisis y forma de excreciones, con el fin de permitir que las fuerzas medicatrices del *Natura Morborum*, puedan efectuar gradualmente la resolución.^[16]

29. Esto lo han logrado por medio de diaforéticos y diuréticos, sangrías, sedales y exutorios, pero principalmente mediante drogas irritantes destinadas a producir la evacuación del tubo digestivo, a veces por arriba por medio de eméticos -el cual ha sido el plan predilecto- o particularmente por abajo por medio de purgantes a los que se han denominado aperitivos y medicamentos disolventes.^[17]

B) Método antagonista, irritante.

30. El método anteriormente descrito, método derivativo engendra otro con el cual tiene mucha afinidad, y que consiste en usar *irritantes opuestos* -antagonistas- como los tejidos de lana puestos directamente sobre la piel, baños de pies, sustancias que provocan náuseas -nauseabundos-, infligiendo sobre el estómago e intestinos el tormento del hambre, sustancias que excitan dolor, inflamación y supuración en regiones adyacentes o distantes de la afección, tales como la aplicación del rábano picante, sinapismos, cantáridas, vejigatorios, Mezereum, sedales, exutorios o cauterios, la pomada de Autenreith o unguento de tártaro emético, moxas, la acupuntura, etc. Con esto se

sigue también el ejemplo de la simple naturaleza primaria, entregada a sí misma y sin ayuda, cuando intenta desembarazarse de la afección dinámica, lo que es conveniente cuando se trata de un miasma crónico por medio de la excitación del dolor en partes distantes del cuerpo, mediante metástasis y abscesos, erupciones cutáneas o úlceras supurantes. V. Párr. 12 y DTM. 36.

31. Evidentemente, estos métodos indirectos de la escuela alopática, tanto el derivativo como el irritante, no proceden de un cálculo razonable, sino únicamente de una indolente imitación que la ha inducido a procedimientos que en nada ayudan y son nocivos, muy debilitantes y perjudiciales para poder aparentar que apaciguan o desvían las perturbaciones por algún tiempo, sustituyendo a la primera, la afección natural, por otra más peligrosa. Por cierto que un plan tan destructivo no puede ser denominado curativo.

32. Ellos únicamente trataron de seguir la marcha de la naturaleza primaria e instintiva que en sus esfuerzos ella hace, y que muy poco eficaces son en los casos benignos de miasmas agudos;^[18] simplemente imitan el poder que preserva la vida y que no razona cuando queda librado a sí mismo durante las afecciones y que, como depende íntegramente de las leyes del cuerpo, únicamente es capaz de actuar en conformidad con esas leyes y no es guiado por la razón ni por la reflexión; así ellos imitan a la naturaleza que no puede, como lo hace un cirujano inteligente, juntar los labios separados de una herida y curarla suturándolos, que ignora cómo alinear y ajustar los extremos de un hueso fracturado ya alejados y supurando -a menudo excesivamente- nueva materia ósea; que no puede ajustar una ligadura en una arteria cortada que, debido a su energía, hace que el enfermo se desangre hasta morir; que no acierta a reubicar un hombro dislocado que, a causa de la hinchazón que pronto provoca en su torno, obstaculiza su reducción; que a fin de desprender un cuerpo extraño de la córnea destruye por supuración todo el ojo; que pese a todos sus esfuerzos únicamente puede eliminar una herida estrangulada por medio de gangrena intestinal y muerte y que, debido a las conformaciones ulteriores que produce en las afecciones dinámicas, con frecuencia las vuelve mucho más graves de lo que eran originalmente Est. Org. Nt. 3 y Af. 13. Más aún: *dicha Energía vital irracional, no inteligente, permite que existan en nuestro cuerpo, -sin atenuación- los mayores tormentos -plagas- de nuestra existencia terrestre*, la chispa que enciende a las incontables perturbaciones bajo las cuales ha gemido por cientos y miles de años la torturada especie humana, es decir, los miasmas crónicos: *Psora -Tsoat-, Sycosis y Syphilis*, que lejos de poder atenuarlos en el más ínfimo grado y mucho menos de expulsarlos del organismo; por el contrario, les permite ejercer sus estragos hasta que la muerte se apodera del enfermo, las más de las veces después de largos y tristes años de sufrimiento. V. Miasma.

33. En un tema tan importante como es el de curar, que mucha inteligencia, reflexión y juicio requiere, ¿cómo es posible que la escuela alopática, que se atribuye el título de racional, elija como instructor óptimo, como guía al que debe seguirse ciegamente, a esa energía vital desprovista de inteligencia, que reproduzca irreflexivamente su accionar indirecto y revolucionario en los miasmas imaginando que es el “*non plus ultra*”, lo mejor que puede concebirse siendo que los magníficos dones de la Divinidad, la razón reflexiva y el juicio sin grilletas, nos han sido dados sin límites para superar infinitamente a aquella energía vital en los auxilios que debemos administrar a nuestros semejantes?

34. Cuando los médicos de la escuela alopática imitan, de manera irreflexiva a la energía vital automática, primaria y sin inteligencia con sus métodos de tratamiento derivativo y de irritantes opuestos -su procedimiento más usual- irrumpen regiones y órganos indefensos del cuerpo ya sea quebrantando dolores que atormentan o, lo que es más frecuente, los obligan a efectuar evacuaciones que implican dilapidar fuerzas y fluidos, siendo su objetivo desviar la acción vital mórbida que actúa en las partes afectadas en primer lugar hacia aquéllas a las que se ha agredido de manera medicamentosa y así efectuar indirectamente la curación de la afección natural *por la producción de otra afección, mucho mayor en intensidad y de especie totalmente diferente* -, en aquellas partes del cuerpo que están sanas, es decir, de una manera sinuosa, al costo de disipar mucha energía y por lo general con grandes sufrimientos del enfermo.^[19] Est. Org. Afs. 34-45 y Iatrogenia.

35. Efectivamente, si la afección es aguda y por consiguiente, su fondo, de corta duración, puede desaparecer durante dichas agresiones heterogéneas, y se traslada a otras partes más distantes y disímiles a las que al principio ocupaba; pero no ha sido curada. Nada hay que este procedimiento revolucionario pueda merecer el honorable título de tratamiento curativo, pues está desprovisto de toda relación directa, inmediata y mórbida, con los tejidos u órganos afectados primitivamente. Si se hubieran evitado estos golpes fatales dirigidos a la vida del resto del organismo, se habría visto muy comúnmente desaparecer prontamente la afección por sí misma, muy probablemente sin causar padecimientos subsiguientes y sin sacrificio de energías. Por otra parte, ni el procedimiento seguido por la simple naturaleza, las energías naturales primarias, ni su imitación alopática, pueden, ni por un instante, ser comparados con el tratamiento dinámico homeopático que, conservando las energías, extingue la afección de un modo directo, rápido e inmediato. Est. Afs. 23-24, 52 y 70.

36. No obstante, en la gran mayoría de afecciones crónicas, estos procedimientos perturbadores de la escuela alopática, debilitan y no pueden tener siquiera un mínimo de utilidad. Su efecto se limita a suspender por algunos días tan sólo alguno que otro síntoma molesto, el cual no obstante, reaparece luego cuando la naturaleza, se ha acostumbrado a la irritación distante y la afección se presenta de nuevo peor que antes, porque los dolores antagónicos^[20] y las imprudentes evacuaciones han debilitado la energía del Principio vital.

37. Mientras que la mayor parte de los médicos alópatas, *imitando de un modo general* los esfuerzos saludables de la naturaleza primaria librada a sus propios recursos, aplican en su práctica dichas derivaciones, que ellos variaban según indicaciones sugeridas por sus propias ideas, otros poniendo la mira a un objeto más elevado, *deliberadamente promueven los esfuerzos que la energía vital hace para ayudarse a sí misma, por medio de evacuaciones y metástasis antagónicas* V. Párr. 12, *tal como se observa durante las afecciones* y al colaborar con ella incrementan mucho más tales derivaciones y evacuaciones y creen que por medio de tan nocivo procedimiento están actuando “*duce natura*”, lo que los habilita para pretender, con justicia, el título de “*minister naturae*”: *ministros de la naturaleza*.

38. Como en las evacuaciones complicadas debido a los poderes naturales del enfermo durante los miasmas crónicos procuran con frecuencia un alivio temporal, en los casos con síntomas mortificantes como son dolores violentos, parálisis, espasmos, etc., la escuela secular imaginó que el verdadero medio para curar las afecciones era favorecer, sostener y aún incrementar esas evacuaciones. Pero no percibió que todas esas pretendidas crisis, evacuaciones y excreciones -seudo crisis- producidas por la **Natura medicatrix** cuando queda librada así misma eran, tratándose de miasmas crónicos, únicamente alivios transitorios, paliativos y que, lejos de contribuir a un restablecimiento real agravaban, por el contrario, a la afección primitiva interna debido al despilfarro de fuerzas y de jugos -humores- que ocasionaban. Nadie, jamás, vio a un enfermo crónico recuperar permanentemente su salud por medio de semejantes esfuerzos de la simple naturaleza ni tampoco a ninguna afección crónica curada gracias a esas evacuaciones que produce el organismo.^[21] Por el contrario, en todos los casos de este género la afección original siempre se ha agravado perceptiblemente luego de una insignificante mejoría cuya duración es más breve cada vez, y los accesos vuelven con más frecuencia aunque no cesen las evacuaciones. Así mismo, cuando la naturaleza, entregada a sus propios medios en los miasmas crónicos internos que comprometen la vida, es incapaz de ayudarse así misma y provoca síntomas locales externos, con el fin de desviar el peligro de los órganos indispensables a la existencia y los dirige hacia los tejidos de menor importancia, es decir trasportándolos por metástasis Est. Párr. 12 y DTM. 36: estas operaciones de la energía vital, enérgica, pero sin inteligencia, irreflexiva, sin previsión, no conducen a una curación completa; no son más que paliaciones, cortas suspensiones impuestas a la afección interna, a expensas de una gran cantidad de humores y de fuerzas, sin haber disminuido la afección primitiva en lo más mínimo; tales síntomas locales pueden, a lo sumo, únicamente retardar el término fatal que es inevitable sin un verdadero tratamiento homeopático.

39. No satisfecha la escuela alopática con exagerar desmesuradamente los esfuerzos del poder automático rudimentario de la naturaleza, les dio completamente una falsa interpretación

considerándolos verdaderamente curativos, procurando favorecerlos e incrementándolos, imaginando vanamente que por eso lograría aniquilar y curar radicalmente a toda la afección. En los miasmas crónicos, cuando la energía vital parece hacer cesar algún síntoma perturbador del estado interno, por ejemplo, por medio de la producción de un exantema húmedo, entonces el ministro de la naturaleza -el “*minister naturae*”- aplicaba en la superficie un epispástico o cualquier otro exutorio con el propósito de, “*duce natura*”, extraer de la piel más humedad y de esta manera promover y ayudar al objetivo de la naturaleza, la curación, ¿eliminando del cuerpo el principio morbífico?; pero cuando el efecto de este medicamento resulta demasiado violento, el herpes muy antiguo y el sistema del enfermo excesivamente irritable, él incrementa la perturbación externa en alto grado sin la más mínima ventaja con respecto a la afección primitiva y agravando los dolores, priva al enfermo de dormir y disminuye sus energías, y aún desarrolla a veces una erisipela febril maligna; o si el efecto sobre la perturbación local, quizás demasiado frecuente, tenía un carácter suave, él expulsa de su asiento, por una especie de homeopatismo externo, el síntoma local que la naturaleza había establecido sobre la piel en alivio de la afección interna, renovando así el mal interno más peligroso y por esta supresión del síntoma local compele a la energía vital a transferir una forma más maligna de acción mórbida hacia otras partes más importantes Est. DTM. 43 y Sustitución; así el enfermo es afectado por una oftalmía peligrosa, o sordera, o espasmos al estómago, o convulsiones epilépticas, o ataques de asma o apoplejía o perturbaciones mentales, etc., que reemplazan la perturbación local repelida Est. Org. Afs. 225-227. ^[22]

40. La misma pretensión de ayudar a la energía vital en sus esfuerzos curativos naturales, ha conducido al ministro de la naturaleza, cuando la afección hace expulsar la sangre hacia las venas del recto y del ano, hemorroides ciegas, aplica sanguijuelas, con frecuencia en gran cantidad, con el fin de procurar la salida de sangre por este punto, proporcionando de esta manera un alivio, algunas veces demasiado breve y a menudo escasamente perceptible, pero debilitando siempre el cuerpo y ocasionando mayores congestiones en esas zonas sin la menor disminución de la afección primitiva.

41. En la mayoría de los casos en que la energía vital enferma ha tratado de subyugar la violencia de una peligrosa afección interna por la evacuación de sangre mediante vómitos, expectoración, etc., el médico alópata, se apresura a socorrer a tales esfuerzos de la naturaleza, a los que supone saludables, llevando a cabo flebotomías, extrayendo sangre de la vena en abundancia, que inevitablemente traen graves consecuencias y producen un debilitamiento corporal evidente. V. Pár. 12.

42. Cuando un enfermo presenta náuseas crónicas frecuentes, el alópata bajo el pretexto de asistir a la naturaleza produce copiosas evacuaciones del estómago por medio de eméticos, que lejos de hacer bien a menudo provocan malos resultados, frecuentemente con accidentes graves y aún con fatales consecuencias.

43. La energía vital para aliviar la dolencia interna produce algunas veces abultamientos indoloros en las glándulas externas. El ministro de la naturaleza supone que colabora bien con las intenciones de la naturaleza haciendo supurar estos tumores por medio de toda suerte de fricciones y emplastos calientes, para luego introducir el instrumento cortante en el absceso ya maduro, y dar salida a la nociva materia morbífica. Pero, la experiencia ha demostrado, millares de veces, que de esta práctica invariablemente resulta un perjuicio permanente.

44. El alópata como ha visto a menudo una ligera mejoría en los síntomas graves de las afecciones crónicas como resultado de sudores nocturnos sobrevenidos espontáneamente o de frecuentes deposiciones líquidas naturales, él se imagina que es de rigor obedecer a estas indicaciones de la naturaleza y promover, implantando y manteniendo un curso completo de tratamiento por medio de la transpiración o mediante el empleo continuado durante muchos años de los que él llama laxantes suaves, para desembarazar con más seguridad, de la energía vital orgánica no inteligente, la afección crónica, la cual supone tiende a curar íntegramente y así liberar cuanto antes y con certeza al enfermo de su perturbación que lo atormenta -¿de la materia de su afección?-. Pero esta conducta siempre produce un resultado completamente contrario: es decir, agrava siempre la afección primitiva.

45. Según el imperio de esta infundada opinión, el médico alópata continúa promoviendo^[23] los esfuerzos de la energía vital perturbada aumentando estas derivaciones y evacuaciones en el enfermo, que jamás conducen al objeto deseado, pero sí infaliblemente al desastre, es decir, a la ruina de los enfermos, sin advertir, en lo más mínimo, que todas las perturbaciones locales, evacuaciones y los esfuerzos aparentes derivativos establecidos y mantenidos por la energía vital no inteligente, son efectos producidos por ella que queda abandonada a sí misma con el fin de aliviar un poco la afección, contra cuya totalidad, para expresarlo con exactitud, el único remedio eficaz, y más aún, el único que puede actuar de manera directa es el medicamento farmacolexiado de acuerdo con la analogía de los sufrimientos determinados por su acción en el hombre sano, o en otros términos, un remedio homeopático.

46. Como todo lo que la simple **Natura Medicatrix** hace para lograr alivio en los miasmas agudos y particularmente en los crónicos, es extremadamente imperfecto, y aún origina otra perturbación, es fácil concebir que promover los esfuerzos por medios medicamentosos alopáticos - del arte- trabajando en el mismo sentido de esta imperfección, para aumentar los resultados perjudicaran más aún; a lo menos no puede, mejorar los esfuerzos defectuosos de la naturaleza buscando alivio, así se trate de miasmas agudos, debido a que *el arte médico no está en condiciones de seguir los senderos ocultos que transitan la energía vital al efectuar sus crisis, sino que intenta producirlas desde afuera, por medios violentos, cuyos efectos aún menos benéficos de cuantos ha hecho la energía vital instintiva entregada así misma, además de ser más perturbadores y más debilitantes*. Esta mejoría incompleta que la naturaleza logra alcanzar por medio de las derivaciones y de las crisis naturales, el médico no puede conseguirlo de un modo similar: a pesar de todos sus empeños no puede siquiera lograr algo parecido a ese alivio insignificante que proporciona la energía vital abandonada a sus propias fuerzas.

47. Se ha intentado producir por medio de instrumentos escarificadores una hemorragia nasal imitando a la que a veces ocurre naturalmente, con el fin de mitigar, por ejemplo, los ataques de una cefalalgia crónica. Sin duda, por medio de tal proceder se puede hacer fluir gran cantidad de sangre por las fosas nasales y debilitar al enfermo; pero el alivio obtenido era mucho menor del que en otra ocasión en que, la energía vital instintiva hubiera provocado por su propio impulso, emanar algunas gotas de sangre.

48. La transpiración o las diarreas denominadas críticas, ocasionadas continuamente por la siempre activa energía vital, luego de una indisposición repentina provocada por el miedo, la ira, o en un enfriamiento o luxación, es más eficaz para disipar prontamente los sufrimientos agudos del enfermo, al menos por un tiempo, que todas las drogas sudoríficas o purgantes que haya en la farmacopea, las que no hacen más que empeorar al enfermo tal como lo enseña la experiencia diaria.

49. Sin embargo, la energía vital, que por sí misma únicamente puede actuar en armonía con la constitución física de nuestro organismo y a la que no guía la razón, ni la reflexión ni el discernimiento, no le fue dado al hombre para ser considerada como el mejor agente curativo que deba seguirse con el fin de restituir la normalidad a esas lamentables desviaciones de la salud, y menos aún, para que los médicos servilmente imiten sus esfuerzos mórbidos imperfectos, -con los que intenta desembarazarse de la afección- que ella hace para volver la salud, añadiendo a ellos otros actos más contrarios que los suyos al objeto que se propone alcanzar, ahorrándose así por conveniencia el trabajo de razonar, reflexionar y juzgar, que son los requisitos necesarios para el descubrimiento del arte *-téckne-* de curar, el más noble de las artes humanas -el *téckne* de curar verdadero Est. **DTM**. Ap. Ipese a lo cual alegan que tan nociva imitación de los esfuerzos espontáneos que la naturaleza administra, cuando se la abandona a sus propias fuerzas, es el *racional arte-téckne- de curar*,

50. ¿Qué hombre sensible imitaría los esfuerzos conservadores que hace el organismo para protegerse así mismo? Dichos esfuerzos son, precisamente, el miasma mismo, y la energía vital mórbidamente afectada es la que origina el miasma *Org. Afs. 11-14*. De esto se deduce forzosamente que toda imitación medicamentosa y, del mismo modo, la supresión de estos esfuerzos suscita

mayores peligros e incrementan el miasma. Pues bien, la alopatía procede de ambos modos; tal es su nociva conducta que la medicina alopática proclama como arte de curar, ¡el arte racional de curar! Est. FH. Lec. XVII.

51. ¡No! Ese poder innato en el hombre, destinado a dirigir del mejor modo posible las actividades de la vida, mientras permanece en estado de salud, y cuya presencia por igual se hace sentir en todas las partes del organismo, tanto en las fibras sensibles como en las de la irritabilidad, la fuente inagotable de todas las funciones normales y naturales del cuerpo Af. 9, no fue creado con el propósito de que se diera ayuda a sí mismo en las afecciones, ni con el propósito de que cumpla un arte curativo digno de ser limitado Af. 7. ¡No! *El verdadero arte -téckne- de curar, es un trabajo de reflexión, el atributo de los más elevados poderes del intelecto humano, del juicio sin grilletes y de la razón, seleccionando y determinando con base a principios con el fin de orientar a esta energía instintiva, irracional y no inteligente, pero enérgica y automática, cuando ha sido desviada por la afección hacia una acción anormal y de excitar en ella, por medio de una afección semejante desarrollada por la acción de un remedio farmacolexiado homeopáticamente, una afección dinámica de grado algo mayor, de modo que la afección mórbida natural no pueda actuar más sobre la energía vital Af. 26; ésta, liberada así de la afección natural, únicamente ahora debe luchar con la afección mórbida dinámica, algo más fuerte y contra la cual dirige ahora todas sus energías y a la que pronto vencerá; con esto la energía vital queda libre y capacitada para volver al estado normal de salud y a su función específica: “mantener la vida y la salud del organismo”, sin haber sufrido, durante este cambio, ningún ataque aflictivo o debilitante. La Homeopatía -Homeología- o Tratado filosófico y científico de los semejantes-, enseña los medios de lograr este resultado.* Est. Org. Af. 3 y 71.

52. Muchos enfermos tratados según los métodos de la escuela alopática el cual acabo de mencionar, no se libran de sus afecciones cuando ellas son agudas, pero ninguno de cuantos sufren en los casos crónicos, no venéreos, se libra de él y, aún en aquellos casos, han sido liberados por medios tan tortuosos y agobiantes y a menudo incompletamente, los resultados de tal procedimiento jamás pueden denominarse curaciones realizadas por un verdadero arte. Las afecciones agudas de índole no muy peligrosa fueron mantenidas sin manifestarse por medio de flebotomías o suprimiendo algunos de los síntomas principales, empleando algún medicamento paliativo enantiopático, *contraria contrariis curentur*, hasta que hubiera terminado el breve lapso de su duración o recurriendo a medios irritantes opuestos y derivados, antagónicos y repulsivos aplicados en puntos distintos de los afectados. V. Pár. 27 y sig. Estos métodos fueron por consiguiente, indirectos y causaban una gran pérdida de fuerzas y de humores, tanto que en enfermos tratados de esta manera, las medidas más serias e importantes destinadas a eliminar la afección y restituir la energía y los humores perdidos quedaron a cargo por la energía natural misma, es decir, por el poder que preserva la vida y que, a la par de eliminar la afección aguda natural, invariablemente tiene que combatir los efectos insidiosos de tan inadecuado procedimiento.

53. Es muy dudoso que este proceso natural de recuperación en las afecciones agudas, seguido por la escuela alopática, sea realmente el de abreviar o facilitar un poco el trabajo a que la energía vital debe entregarse para lograr la curación, ya que la alopatía, ni la energía vital pueden actuar de un modo directo; porque los métodos derivativo y antagonista de la medicina no son aptos sino para afectar más y más el organismo y agregar una mayor pérdida de fuerzas.

C) Método excitante y fortificante.

54. La escuela secular cuenta aún con otro procedimiento, el cual denomina *método excitante y fortificante*^[24], y que se vale de sustancias llamadas *excitantes, nervinas, tónicas, confortativas y fortificantes*. Es sorprendente que pueda jactarse de seguir este método.

55. ¿Es que alguna vez ha conseguido extinguir la debilidad física que tan a menudo engendra y mantiene y aún agrava las afecciones crónicas, prescribiendo, como lo ha hecho tantas veces, el vino del Rhin y el ardiente Tokay? Con semejante procedimiento no puede curar, puesto que la fuente de una debilidad, la afección crónica, la fortaleza del enfermo es agobiada gradualmente

hasta disminuirla tanto más cuanto más vino se le hacía beber, porque a los estímulos medicamentosos, la energía vital opone un decaimiento de fuerzas durante la reacción.

56. ¿O acaso se ha visto que la quina, o las sustancias diversas que llevan el nombre colectivo de *amargos*, *suministren* fuerzas en estos casos, por desgracia demasiado frecuentes? ¿Acaso estas sustancias vegetales, las cuales se tienen por tónicas y fortalecedoras en toda circunstancia, no gozan igualmente que las preparaciones de hierro, la prerrogativa de añadir muchas veces nuevos sufrimientos a la perturbación anterior en virtud de sus efectos morbíficos peculiares, sin poder aliviar o hacer cesar la debilidad que proviene de una antigua afección y desconocida?

57. ¿Se presenta alguien que haya disminuido con éxito, aunque fuera en lo más mínimo, la duración de la parálisis incipiente de un brazo o de una pierna que tan a menudo surgen de un miasma crónico, por medio de los unguentos nervinos o cualquier otro fomento balsámico espirituoso, que en nada curan con respecto a al miasma mismo? ¿O han tenido los shocks eléctricos o galvánicos, a los que se ha recurrido en tales casos, algún otro resultado en una parálisis gradualmente creciente y finalmente total al estímulo de toda la irritabilidad nerviosa y muscular en las articulaciones afectadas?^[25]

58. ¿Acaso los tan renombrados *excitantes* y *afrodisíacos*, el ámbar gris, la tintura de cantáridas, las criadillas de tierra, los cardamomos, la canela y la vainilla, no producen, infaliblemente, la impotencia total, la debilidad de las facultades masculinas cuando se los emplea con el propósito de restaurar el poder sexual gradualmente declinante, cuya causa en todos los casos siempre depende de un miasma crónico inadvertido?

59. ¿Cómo puede darse crédito a una estimulación o, a una adquisición de energía excitada que únicamente dura algunas horas, cuando el resultado que se sigue, según las leyes de la acción paliativa, la cual conduce a un estado permanente diametralmente opuesto? *Org. Afs. 63-66*, la conversión de la afección es incurable.

60. El poco alivio que los excitantes y fortificantes provocan a las personas que se curan de afecciones agudas, cuando se las trata por el método alopatóico, es millares de veces superado por los efectos nocivos que de su empleo resulta en las afecciones crónicas.

61. Cuando los médicos alópatas no saben qué hacer en una afección crónica, la tratan ciegamente con sus medicamentos que designa con el nombre de alterantes, entre los cuales ocupan un lugar privilegiado los temibles mercuriales, los calomelanos, el sublimado corrosivo y el unguento de mercurio, a los que se le permite actuar en grandes cantidades y durante mucho tiempo sobre todo en las afecciones no venéreas, los cuales producen efectos destructivos y concluyen por deteriorar completamente la salud v. Párr. 12. Efectivamente, así produce grandes alteraciones, las cuales jamás son favorables y siempre finalizan destruyendo la salud por la equivocada administración de este metal que es en el más alto grado, excesivamente nocivo.

62. En todas las fiebres intermitentes epidémicas, comúnmente esparcidas en vastas comarcas de un país, prescribe a macrodosis la corteza de *quina*, la cual es el mejor homeofebrífugo, remedio homeopático *específico* que cura únicamente las verdaderas fiebres de los pantanos acompañadas de psora -tsorat-, los lechuguinos de la escuela secular palpablemente manifiestan su estupidez, porque estas afecciones asumen un carácter diferente cada año y por esto demandan para su curación, casi siempre, un remedio homeopático diferente y administrado en una dosis -microdinamización- única o repetida en tomas muy pequeñas *Org. Af. 248*, las cuales pueden curar radicalmente en pocos días *Afs. 235-244*. Ahora bien, como estas fiebres epidémicas reaparecen periódicamente y los adeptos de la alopatía ven en todas las fiebres intermitentes solo su “typus” -periodicidad- y no conocen ni se preocupan por conocer otro febrífugo que no sea la *Chinchona*, estos médicos rutinarios imaginan que pueden suprimir el “typus” de la fiebre intermitente epidémica con macrodosis de quina o con su alcaloide, la quinina, creen haberla curado, lo que con frecuencia y durante meses se ha empeñado en evitar la energía vital, instintiva pero en este caso más sensible. Pero el enfermo, luego de la supresión de esa periodicidad -“typus”- de su fiebre, siempre se agrava y experimenta sufrimientos más vivos que los causados por esta misma fiebre. Se pone pálido, manifiesta disnea, constricción en los hipocondrios, pierde el apetito, su sueño es

intranquilo, no tiene fuerza ni valor, a menudo con grandes hinchazones en las piernas, en el abdomen y aún en el rostro y las manos. Sale así arrastrándose del hospital *dado de alta como curado* y con frecuencia necesita un tratamiento homeopático prolongado y penoso, no para restablecer su salud, sino únicamente para rescatarlo de la muerte, -a un enfermo caquéctico profundamente maltratado-

63. La escuela alopatíca se jacta cuando puede convertir con el auxilio de la valeriana el profundo estupor que ocurre en las fiebres tíficas nerviosas, que en semejante caso actúa como un medio antipático; pero como el resultado que obtiene es de muy corta duración, se ve por esto urgida a aumentar incesantemente las macrodosis de valeriana para reanimar al enfermo algunos momentos y producir el efecto que busca. Pero, este paliativo que en su acción primaria es sólo estimulante, es sus efectos posteriores -secundarios- paraliza enteramente la energía vital y por este *supuesto tratamiento racional* de la escuela alopatíca entrega al enfermo a una muerte pronta y segura: nadie puede escapar. Y sin embargo, los adictos de este arte rutinario no han podido conocer que por estos procedimientos matan a sus enfermos con toda certeza e imputan la muerte a la malignidad de la afección.

64. Otro paliativo de índole aún más temible para los enfermos es la *digital purpúrea* mediante la cual los médicos de la escuela alopatíca arrogantemente emplea cuando quiere poner lento el pulso, que está apresurado e irritado, puramente sintomático, en los miasmas crónicos. Efectivamente, este medicamento temible el que emplea, en tales casos, la primera macrodosis actúa de una manera enantiopática, disminuye seguramente el número de pulsaciones arteriales por algunas horas, pero pronto el pulso se hace más rápido que antes. Nuevamente con el propósito de disminuir en algún grado su frecuencia, las pulsaciones, aumenta la macrodosis y ella seguramente produce su efecto pero por un período aún más breve hasta que éstas y otras macrodosis paliativas aún mayores ya no reducen el pulso que, durante la reacción, o acción secundaria, no es posible impedir, la velocidad del pulso es muy superior, mucho más rápido que antes por el uso de esta droga, la digital: entonces el número de pulsaciones se incrementa a tal punto que ya no es posible contarlas: el enfermo pierde el apetito, el sueño, todas sus fuerzas, en una palabra, el enfermo se ha convertido en un verdadero cadáver, la muerte es inminente: Ninguno de los enfermos que han sido tratados así, escapa con vida. Salvo los que resultan víctimas de una insania incurable.^[26] Est. Af. 59.

65. Este es el procedimiento, adoptado, que sigue el alópata. En consecuencia los enfermos se ven obligados a sujetarse ante esa triste necesidad, porque ninguna mejoría les es posible obtener por parte de los demás alópatas, instruidos por los mismos textos engañosos.

66. La causa fundamental de las afecciones crónicas no venéreas, y los medios que son aplicados para curarlas, permanecen desconocidos por estos prácticos que tan vanamente ostentan de su medicación casual y de que sus diagnósticos están dirigidos a investigar la génesis de las afecciones,^[27] ¿cómo puede esperar curar la inmensa cantidad de perturbaciones crónicas por medio de sus métodos indirectos, imperfectos y peligrosos que solo perjudican los esfuerzos de la energía vital automática, no inteligente que procura su propio alivio, y que en ningún modo están designados para ser un modelo de práctica médica?

67. Ellos consideran que el carácter de la dolencia es la causa de la afección, y según esto, dirigen su pretendido procedimiento causal contra el espasmo, la inflamación, plétora, la fiebre, la debilidad general o parcial, del moco, de la putrefacción, las obstrucciones, etc., a los que suponen y pretenden eliminar por medio de sus antiespasmódicos, antiflogísticos o antiinflamatorios, tónicos, estimulantes, antisépticos, disolventes, resolutivos, derivativos, evacuantes y antagonicos, sobre los cuales, de sus efectos o acciones y reacciones, sólo tienen un conocimiento superficial.

68. Estas nociones generales, tan vagas no son suficientemente útiles para poder encontrar, y menos aún en su materia médica, remedios verdaderos, porque como ya lo demostré en otra parte,^[28] está basada especialmente en conjeturas y en falsas conclusiones -“*ab usu in morbis*”- *compuesta de los efectos obtenidos en las afecciones.*

69. Se procede de una manera igualmente irreflexiva contra esos indicios, así los denominan, cuando se dejan guiar por indicaciones más hipotéticas todavía, contra la deficiencia o el exceso de

oxígeno, de nitrógeno, de carbono o de hidrógeno en los fluidos; contra la exaltación o disminución de la irritabilidad, la sensibilidad, de la nutrición y reproducción; de los deterioros en los sistemas arterial, venoso y capilar; contra la astenia, etc. V. Pár. 6, sin conocer ningún medio efectivo para lograr esos objetivos tan fantasiosos. Esto no es más que pura ostentación, una falsa manera de tratar a los enfermos que en nada los beneficia.

D) Mezclas, prescripciones compuestas y transferencia medicamentosa.

70. Pero toda experiencia de tratamiento conveniente de las afecciones se ha perdido debido a una práctica reciente de introducción y hasta *se ha erigido en ley*: me refiero a la mezcla en una prescripción, es decir, la asociación de sustancias medicinales diferentes, cuya verdadera acción es, casi sin excepción, desconocida y que sin excepción alguna, difieren siempre entre sí, eso constituye lo que se llama una *receta o fórmula* Org. Af. 118-120. Una sustancia, que debe conocerse el campo de acción de sus efectos medicinales, es ubicada a la cabeza de esta fórmula, con el nombre de *base* en carácter de remedio principal y se espera que domine lo que el médico entrevé como carácter principal de la afección; a ésta se adicionan algunas otras drogas, igualmente desconocidas, en cuanto a lo que respecta a la esfera de su acción medicamentosa- con el fin de eliminar algún síntoma accesorio o para fortalecer la acción del primero, se añade a él como *coadyuvantes*, una o dos sustancias, de las cuales también se desconoce la esfera de acción de su poder medicamentoso, que son medios pretendidos como *correctivos*. A todos estos se les mezcla juntos y a la par de ellos algún jarabe medicinal, o agua destilada medicinal, también con diferentes propiedades y que tienen que ser incluidos en la fórmula y se supone que cada uno de los ingredientes de esta mezcla realizará en el cuerpo enfermo el rol que le han adjudicado, la imaginación de quien la prescribe, sin que sea perturbado o desviado por las otras cosas con las cuales ha sido mezclado, lo que razonablemente no puede esperarse. Un ingrediente suspende, parcial o totalmente, la acción de otro o le transmite una cualidad de operación ni anticipada ni conjeturable, de modo que es *imposible* obtener el efecto que se esperaba Org. Af. 273 y sig.; *con frecuencia* ocurre un *nuevo desarreglo mórbido* V. *Iatrogenia* y *Metástasis*, el que con los cambios incompresibles impartidos a la sustancia por haber sido mezcladas, no fue ni pudo ser previsto y que escapa a la observación entre los síntomas tumultuosos de la afección, la cual se vuelve permanente si se sigue la prescripción durante mucho tiempo; en consecuencia, *una afección medicamentosa* ha sido agregada y/o se ha complicado a la afección original, agravándola, o si la prescripción no ha sido suficientemente repetida o ha sido reemplazada por una o más nuevas prescripciones compuestas de otros ingredientes, y dadas en rápida sucesión, entonces ni lo más mínimo puede ocurrir, es una *expectante disminución de la fortaleza*, pues las sustancias proporcionadas de esa manera no tienen, ni pueden tener, ninguna relación patológica directa con respecto a la afección original únicamente constriñe, inútil y nocivamente. Af. 54.

71. La mezcla de diversas sustancias medicinales, aún cuando los efectos de cada una de ellas sean bien conocidos sobre el cuerpo del hombre sano, el médico alópata que extiende la prescripción a menudo no conoce ni la milésima parte de sus efectos, la asociación en una prescripción de varios ingredientes algunos de los cuales, lo repito, ya son de naturaleza compuesta y la acción peculiar de cualquiera de ellos, que por ser desconocida jamás es buena y que en realidad difiere inmensamente de las de los otros y, finalmente, la administración de esta mezcla incomprensible al enfermo en macrodosis y repetidas con el fin de lograr por medio de ella algún efecto deseado, cierto y curativo, es una muestra de irreflexión, que rechaza toda persona consciente y sin prejuicios.^[29] El resultado, naturalmente, desmiente toda expectativa que se haya concebido de un modo positivo. Sobrevienen efectivamente algunos cambios y resultados, pero ninguno de carácter conveniente, ninguno benéfico: ¡todos son nocivos, destructivos!

72. ¡Deseo saber a cuál de estos procedimientos ejecutados a ciegas en el cuerpo del hombre enfermo se les podrían llamar curaciones!

73. La curación sólo puede esperarse de lo que todavía queda de la energía vital en el cuerpo del enfermo, después que esta energía ha recobrado su ritmo natural de actividad, sus funciones, por

medio de un remedio apropiado no enervando el cuerpo hasta la muerte, *según los preceptos de la escuela secular*. Y sin embargo, la escuela alopática no sabe hacer otra cosa en las afecciones crónicas, sino torturar a los enfermos, agotar sus fuerzas y acortar sus vidas con drogas que no tienen otra acción. ¿Se puede decir que curan cuando sólo destruyen? ¿Puede merecer esto otro nombre que el de arte curativo, no curativo? Ella actúa “*lege artis*”, de la manera más opuesta a su objeto, y realiza, parece que intencionadamente, lo contrario, es decir, precisamente lo opuesto de lo que es necesario ejecutar. ¿Es posible, que se pueda tolerar o soportar por más tiempo? ¿Es recomendable?

74. En estos últimos tiempos los partidarios de la escuela alopática se han excedido a sí mismos en su crueldad hacia sus semejantes enfermos y en lo descabellado de su procedimiento. Todo observador imparcial, libre de prejuicios debe admitirlo, y hasta los médicos salidos de su propio cuño, como Kruger-Hansem movido por su conciencia, se han visto obligados a condenarlo públicamente. Vt. *Etim. Mezcla*.

II. Doctrina homeopática. Vt. *Org. Pról. B*) y **PDP**. 129-135.

75. La Sabiduría del Divino Creador y Protector de los hombres puso fin a tales abominaciones e hizo surgir una doctrina, un arte *-téckne-* curativo totalmente opuesto *Af. 52*, es decir, para cesar de esas torturas, que en lugar de agotar los humores y fuerzas vitales por medio de eméticos, purgas, baños calientes, sudoríficos, diaforéticos, sialagogos; no derrama la sangre humana no atormenta ni debilita por medios de aplicaciones dolorosas; que en lugar de ayudar a sanar a los enfermos que padecen afecciones, los vuelva incurables por la adición de perturbaciones crónicas nuevas incurables debido al empleo prolongado y erróneo de medicinas heroicas -potentes- de propiedades -acciones- desconocidas, en una palabra, de poner el tiro de los bueyes detrás del arado y de debilitar sin piedad y arrastrar al enfermo por el ancho campo que conduce a la muerte *Est. Org. Af. 74* y *Nt. 73*, en resumen que, economice las energías de los enfermos tanto como le sea posible, y los conduzca con tanta suavidad como prontitud a una curación duradera, con el auxilio de un corto número de agentes simples, perfectamente conocidos, bien farmacolexiados y administrados en dosis -microdinamización- fraccionada *Org. Af. 248*, de acuerdo a la única ley terapéutica de la naturaleza: *Similia Similibus Curentur Org. Af. 51* y *Nt. 146*. Ya era tiempo de que Él permitiera el descubrimiento de la Homeopatía -Homeología-. *Est. Afs. 24, 43-49*.

EJEMPLOS DE CURACIONES HOMEOPÁTICAS DEBIDAS AL SIMILIA SIMILLIBUS*

Primera parte

76. Por medio de la observación, la meditación y la experiencia he descubierto que, contrariamente a los preceptos trazados por la alopatía, el mejor modo de tratar y el cual debe seguirse para obtener curaciones suaves, prontas, seguras y duraderas, está contenido en la siguiente máxima:

Para curar suave, rápida, permanentemente y con certeza, se debe hábilmente, farmacolexiar, en cada caso de miasma un medicamento que por sí mismo produzca una afección semejante a aquélla que se trata de curar. V. **Curación**.

77. Hasta ahora nadie, jamás enseñó este sistema homeopático de curar y *nadie lo había puesto en práctica*. Pero, siendo él acorde con la verdad, como cualquiera lo puede comprobar y convencerse de ello, cabe esperar que, aún cuando hubiera permanecido desconocido durante tantos miles de años, nos ofrece sin embargo, señales palpables de su existencia reveladas en cada época:^[30] y efectivamente, esto es lo que sucede. *Af. 109* y *Nt. 99*.

78. En todas las épocas, los enfermos que han sido *curados de un modo real, pronto, duradero y permanente y obviamente por medio de medicamentos*, y que no mejoraron simplemente a causa

de alguna circunstancia fortuita, o porque el miasma agudo hubiera terminado su curso natural previsto, o porque la fortaleza del organismo hubiera, a su debido tiempo y gradualmente, logrado la preponderancia durante un procedimiento alopático y antagónico, antipático, por que ser curado directamente difiere tanto de hacerlo de un modo indirecto- estos enfermos han sido curados solamente, a pesar de que el médico lo ignora, por un remedio homeopático, es decir, un remedio que tiene el poder de producir por sí mismo un estado mórbido semejante a aquel que se quiere curar.

79. Aún en las curaciones reales producidas por la mezcla de medicamentos, que por cierto han sido y son rarísimas, se percibe que la acción del remedio predomina a la de los demás, han tenido y tienen siempre naturaleza homeopática *Org. Nt. 159.*

80. Esta verdad se observa, y es mucho más notable en ciertos casos en que los médicos lograron efectuar una curación rápida con una sola sustancia medicinal, contrariamente a la costumbre en boga que admitía sólo la mezcla de medicamentos formulados bajo el nombre de recetas. Se percibe entonces, para nuestro asombro, que esto siempre ocurrió por la acción de una sustancia medicinal capaz de producir *por sí misma*, una afección semejante a la que padecía el enfermo, aún cuando los médicos ignoraban lo que estaban haciendo y actuaran olvidando los preceptos de su propia escuela. Así han administrado un medicamento exactamente inverso al cual debieron emplear según lo indicaba la terapéutica tradicional, y sólo como consecuencia por haber procedido así los enfermos se curaban rápidamente.

81. Si se exceptúan los casos en que los médicos alópatas han llegado a conocer, no por sus propias investigaciones, *sino por la práctica empírica del vulgo*, el remedio específico para una afección que siempre se presenta con los mismo caracteres, y por consiguiente aquél con cuyo auxilio podían curarla de una manera directa, como por ejemplo, el mercurio en las afecciones venéreas, el árnica en el estado mórbido resultante de las contusiones, de la fiebre intermitente, de los pantanos con corteza de quina, la sarna recién desarrollada con azufre sublimado, etc., si se exceptúan estos casos, percibiremos que, los tratamientos de las afecciones crónicas emprendidas con tan grandes apariencias de capacidad por los partidarios de la escuela alopática, sólo han tenido el resultado de atormentar a los enfermos, agravan su estado, conduciéndolos muchas veces al sepulcro, e imponiendo gastos ruinosos a sus familiares. *Est. Org. Nt. 90.*

82. Algunas veces una pura casualidad los conducía a tratar enfermos homeopáticamente^[31] y ha pesar de esto no han percibido la ley de la naturaleza en virtud de la cual se verifican y se efectúan las curaciones. *Est. Org. Afs. 26, 43-50.*

83. *Es pues, de la mayor importancia para el bien de la especie humana indagar cómo sobrevienen realmente, estas curaciones tan notables por su rareza como por sus efectos tan sorprendentes.* Efectivamente, la respuesta que obtenemos de esta pregunta tiene un significado fundamental. Encontramos, y los ejemplos que se acaban de citar lo demuestran suficientemente, dichas curaciones únicamente se forjaron por medio de remedios homeopáticos, es decir, remedios que tienen la facultad de producir un estado mórbido análogo a la afección que se trata de curar *Afs. 147-148 y 213.* Las curaciones se han producido de un modo rápido y permanente por medio de remedios que por casualidad se elegían, en contradicción con todos los procedimientos y todas las terapéuticas de su época, muchas veces sin saber lo que hacían ni porqué actuaba de este modo, confirmado por los hechos y contra la voluntad la necesidad de la única ley natural terapéutica, la de la Homeopatía -Homeología-; ley a cuya investigación no han permitido entregarse hasta ahora los prejuicios médicos, a pesar del número infinito de hechos y de indicios que inducen a su descubrimiento.

84. La misma práctica doméstica, ejercida por personas ajenas a los sectores no médicos, aunque dotadas de sólidas facultades de observación y juicio, han experimentado numerosas veces que el sistema homeopático es el más seguro, el más racional, y en la práctica el menos expuesto a fallar.

85. Se aplicaba la colicostra, coles ácidas, helada en casos de extremidades congeladas recientemente o bien se aplicaban fricciones de nieve.^[32]

86. El cocinero experimentado que acaba de quemarse una mano, la mantiene a cierta distancia del fuego y no presta atención al aumento de dolor que experimenta al principio pues por su experiencia sabe que al cabo de un tiempo muy corto, y a veces unos pocos minutos, cura perfectamente la zona quemada y hace desaparecer el menor dolor.^[33]

87. Otras personas inteligentes y que no son médicos, como por ejemplo, los que manufacturan objetos lacados -barnizadores-, aplican en las zonas quemadas una sustancia, barniz caliente, que por sí misma excita una sensación de ardor semejante, a saber el *espíritu de vino*^[34] véase o la *esencia de trementina* bien calientes^[35] y por dichos medios curan en el curso de unas pocas horas en tanto que los emplastos o ungüentos llamados rarefacientes, no producen el mismo resultado ni siquiera en meses, y que el agua fría^[36] únicamente empeora más las cosas.

88. Por poco habituado que esté el segador experimentado a beber aguardiente, jamás bebe agua fría, *contraria contrariis*, luego de haber trabajado al calor ardiente del sol, puesto que conoce el riesgo de tal proceder. Efectivamente, bebe una pequeña cantidad de licor *excitante*, un trago de aguardiente; la experiencia, maestra de la verdad, le ha convencido de la enorme superioridad y de la mayor eficacia de este proceder homeopático, mediante el cual lo alivia rápidamente de su calor y fatiga.^[37]

89. También ha habido médicos que *han sospechado vagamente* que los medicamentos curan estados mórbidos análogos debido al poder que poseen de producir síntomas mórbidos análogos Est. Af. 26, 43-51.^[38]

90. De este modo el autor del libro: *Sobre lo que se enferma en el hombre*,^[39] que figura entre los escritos que se atribuyen a Hipócrates véase y *Corpus Hipocraticum*, ha escrito las notables palabras que siguen: ***La afección toma origen en lo semejante y se cura por lo semejante; la locura se cura por acción de aquello mismo que la provoca. También el vómito se cura por la acción de aquello que lo provoca.***

91. Médicos posteriores también han percibido y proclamado la verdad acerca del sistema homeopático. Así por ejemplo, Boulduc,^[40] percibió que la propiedad purgante del ruibarbo era la causa de su poder para disminuir la diarrea.

92. Detharding^[41] descubrió que la infusión de las hojas de sen alivia los cólicos de los adultos en virtud de la propiedad análoga que tiene de causar el cólico en las personas sanas.

93. Bertholon^[42] afirma que en las perturbaciones, la electricidad disminuye y elimina aquellos dolores que sean muy semejantes a los que ella misma produce.

94. Thoury^[43] asegura que la electricidad positiva tiene por sí misma el poder de acelerar el pulso, pero cuando éste ya está mórbido y exageradamente acelerado, disminuye su frecuencia. Af. 286.

95. Von Stoerk^[44] conceptuó que teniendo el estramonio la facultad de trastornar la mente, el espíritu, y de producir la manía en personas sanas, se puede administrar a los maníacos, para probar si se puede volver la razón determinando un cambio en sus ideas.

96. Pero entre todos los médicos, el que expresa más formalmente su persuasión sobre este punto, es el médico del ejército danés, de nombre Stahl,^[45] quien se expresa en estos términos:

“La regla generalmente admitida, la cual se sigue en medicina, la de tratar las afecciones por medios contrarios o antagónicos, es decir, a los efectos que estos producen, *contraria contrariis*, es completamente falsa y absurda. Estoy persuadido y he encontrado que las afecciones ceden y son curadas por remedios que producen una afección semejante, *similia similibus*; las quemaduras por exposición al fuego, las congelaciones de las extremidades por la aplicación de nieve y de agua muy fría; las inflamaciones y las contusiones, por medio de espíritus destilados”.

“Siguiendo esta doctrina he conseguido con éxito, desaparecer la tendencia a las acedías, de estómago, con muy pequeñas dosis de ácido sulfúrico y en casos en que infructuosamente se habían empleado una gran cantidad de remedios absorbentes”.

97. Así, más de una vez se ha estado cerca de la gran verdad captada; pero sólo se ha tenido de ella un simple pensamiento fugaz, de modo que la reforma indispensable que la antigua terapéutica

debía experimentar para dar origen al verdadero arte *-téchne-* de curar, a una doctrina curativa pura, real y verdadera ha quedado para ser cumplida en nuestros días.

CRISTIAN HAHNEMANN.

APÉNDICE I

CURACIONES HOMEOPÁTICAS DEBIDAS A LA LEY DE LOS SEMEJANTES

Segunda parte

Voy a citar algunos ejemplos de curaciones homeopáticas, las cuales fueron realizadas y verificadas, inconscientemente por médicos de la escuela alopática, cuya interpretación clara y precisa se encuentra en la Doctrina homeopática, hoy reconocida con el nombre de Homeopatía - Homeología-*, sin que por esto sea necesario tenerlos como argumentos a favor de la misma.^[46]

Helleborus blanco.

1. El autor del *Tratado de las epidemias*, que se atribuye a Hipócrates^[47], habla de un cólera morbo, rebelde a todos los medicamentos, y que curó únicamente con *Helleborus blanco*, planta que por sí misma tiene la facultad de producir el cólera, como observaron Forrest. Ledel. Raimann y muchos otros.^[48]

2. La *sudeta* inglesa que se presentó en 1745, que es más mortífera que la misma peste, mataba, según Willis, 99 enfermos de cada 100 afectados y, no pudo ser controlada hasta que se dieron sudoríficos a los enfermos. Desde aquella época fueron muy pocas las personas que murieron, según observó Sennert.^[49]

3. Un flujo de vientre inveterado y que amenazaba una muerte inevitable, después de haber usado gran número de medicamentos, todos ineficaces, fue curado, de una manera pronta y duradera y con gran sorpresa por Fischer^[50], mediante un purgante, administrado por un empírico.

Tabacum.

4. Murray, a quien cito, como puedo citar a muchos otros, colocan entre los síntomas principales que, el *tabaco* produce, vértigo, náuseas y ansiedad precordial^[51]. Pero, Diemerbroech se curó de estos síntomas, con el uso de la pipa, cuando se sintió atacado de dichos síntomas, en medio de los socorros que su deber lo obligaba prestar a las víctimas de las afecciones epidémicas de Holanda.

Agaricus muscarius.

5. Los efectos perjudiciales que algunos autores, como Georgi^[52], entre otros, atribuyen al *Agaricus muscarius*, que usan los habitantes de Kamtschatka, y que consiste en temblores y convulsiones epilépticas, se convirtieron en efectos saludables en manos de C. G. Whistling^[53], quien ha empleado este hongo, exitosamente contra las convulsiones acompañadas de temblor y en las que también se sirvió de él y que presentó G. Bernhardt^[54], ventajosamente contra una especie de epilepsia.

Pimpinella anisum e Hypericum perforatum.

6. La observación recogida por Murray^[55], de que el *aceite de anís* mitiga el dolor de vientre y cura también el cólico gaseoso, ocasionado por purgantes, no debe sorprendernos, cuando sabemos que J. P. Albrechet^[56], observó el dolor de estómago producido por esta sustancia, y P. Forrest^[57], cólico violento producido por la acción de este líquido. Si F. Hoffmann preconizó la virtud de la *hierba de San Juan* o ciento en rama contra muchas hemorragias; Si G. E. Stahl, Buchwald y Loeseke reconocieron útil este vegetal contra el flujo hemorroidal abundante; Si Quarin y los redactores de la colección de Breslau, refieren curaciones de hemoptisis por esta planta; y si Thomasius, según refiere Haller, la emplearon exitosamente en la metrorragia: estas curaciones son evidentes debido a la virtud energética que tiene la *hierba de San Juan*, de producir flujo de sangre

y la hematuria, como lo observó G. Hoffmann^[58], y sobre todo de producir epistaxis, como Bockler lo confirmó^[59].

Uva ursi.

7. Scevoló^[60], entre muchos otros, curó una emisión de orina purulenta y dolorosa mediante la *gayuba*, y esto sólo es posible, porque esta planta posee la virtud energética, de provocar por sí misma ardor al orinar y, emisión de orina viscosa, como lo reconoció Sauvages.^[61]

Colchicum.

8. Aunque los numerosos experimentos de Stoerck, Marges, Planchon, Dumonceau, F. H. Junker, Schinz, Hermann, entre otros, no hubiesen demostrado que el *cólchico* cura una especie de hidropesía, debería considerarse que es así, atendiéndose a la virtud especial que tiene de disminuir la secreción renal y que al mismo tiempo excita deseos de orinar determinando la expulsión de una disminuida cantidad de este líquido, el cual presenta un color rojo encendido, como lo han observado Stoerck^[62] y Berge.^[63] También es evidente que un asma hipocondríaca, realizada por Goeritz^[64], con el auxilio del *cólchico* y la de un asma con hidrotórax, que logró Stoerck^[65] con el empleo de dicha planta, estriba en la facultad homeopática que posee el *cólchico* de producir el asma y la disnea, como lo comprobó Berge.^[66]

Jalapa.

9. Muralto observó que la *raíz de jalapa* causa, independientemente de los cólicos, una grande inquietud y agitación^[67]. El homeópata, familiarizado con las verdades de la Homeopatía - Homeología-, encuentra muy natural y lógica la propiedad que G. W. Wedel^[68] atribuye con razón a la *jalapa* de calmar el dolor de vientre, el cual hace gritar a los niños, poniéndolos con agitación continua y procurándoles un sueño tranquilo.

Cassia.

10. Murray, Hyllary y Spielman atestiguaron, y la experiencia diaria es confirmativa, que las hojas del *sen* produce cólicos, y de acuerdo con G. Hoffmann^[69] y F. Hoffmann^[70], también determinan flatos y agitación en la sangre^[71], causa ordinaria del insomnio. Pues Detharding^[72], aprovechó la virtud homeopática del *sen*, para calmar no sólo violentos cólicos sino también para librar a los enfermos del insomnio.

Dictamus albus.

11. Stoerck, hombre de gran talento y penetración, comprendió que el *díctamo* produce frecuentemente un flujo mucoso uterino^[73] y esta virtud es, porque esta planta tiene la facultad energética de curar leucorreas crónicas, lo cual, logró convencerse, administrando el *díctamo* en los flujos crónicos vaginales.^[74]

Clematis erecta.

12. Stoerck, también se admiró cuando logró la curación de un exantema general, crónico, húmedo y fungoso, con la *clematide derecha*^[75], después de haber reconocido, que ésta planta tiene la virtud energética de producir una erupción tsóratca en todo el cuerpo.^[76]

Euphrasia officinalis.

13. Si la *euphrasia* ha curado una especie de oftalmía, de acuerdo con la observación de Murray.^[77] ¿Cómo pudo hacerlo sino es, porque este vegetal tiene la facultad inherente de provocar, en cierta forma una inflamación de los ojos, la cual fue observada por Lobel?^[78]

Nux moschata.

14. De acuerdo con J. H. Lauge^[79], la *nuez moscada* se ha mostrado muy eficaz en el vértigo histérico. Pues la causa de este síntoma es puramente de naturaleza homeopática, es decir, semejante y dinámica. Esto sólo es posible porque la administración de *nuez moscada* a un hombre sano, da lugar, de acuerdo con Schmid^[80] y Cullen^[81], a la pérdida de los sentidos y a una insensibilidad general.

Rosas.

15. La costumbre antiquísima de emplear el *agua de rosas* al exterior contra ciertas oftalmías, es un testimonio de la propiedad curativa de ciertos males de los ojos, que las flores del rosal tienen la virtud de producir, efecto que Echlius^[82], Ledet^[83], y Rau^[84] vieron y comprobaron muchas veces. Est. Org. Af. 46 y Nts. 9 y 127.

Rhus toxicodendron.

16. Si el *zumaque venenoso*, según de Bossi^[85], Van Mons^[86], J. Monti^[87], Syhel^[88] entre otros, tiene la propiedad de producir unos pequeños granos en la superficie del cuerpo hasta cubrirla poco a poco, fácilmente se comprende la virtud que tiene el mismo *zumaque* de curar homeopáticamente algunas especies de herpes, como Dufresnoy y Van Mons lo demostraron. ¿A qué debe entonces atribuirse la curación de una parálisis de los miembros inferiores, acompañada de debilidad de las facultades intelectuales, como cita Anderson^[89], obtenida por el empleo del *zumaque venenoso*, sino a la propiedad que esta planta tiene de producir un gran decaimiento de fuerzas musculares, perturbando las facultades intelectuales del individuo, hasta el punto de persuadirle que va a morir, como lo vio Zadig?^[90]

Dulcamara.

17. Según Carrere^[91], la *dulcamara* ha curado, trastornos muy graves, causados por enfriamiento. Esto consiste, porque la *dulcamara* tiene la virtud de determinar, en épocas frías y húmedas, molestias semejantes a las que resultan de un enfriamiento, como el mismo Carrere^[92] y Starcke vieron^[93]; Fritze^[94] observó que la *dulcamara* produce convulsiones y De Haen^[95] comprobó el mismo efecto, acompañado de delirio. Pues delirio y convulsiones, se curaron por este último médico con microdosis de *dulcamara*. En vano se busca, en el campo de las hipótesis, la razón por la cual la *dulcamara* se ha mostrado tan eficaz en la curación de una especie de herpes, en presencia de Carrere^[96], de Fouquet^[97] y de Poupart^[98]; pero la observación filosófica que la Homeopatía -Homeología- reclama para restablecer con seguridad la salud, ha demostrado la virtud que tiene esta hierba de producir una especie de herpes. Est. Org. Afs. 2-3. Carrere vio, que la administración de la *dulcamara* dio origen a una erupción herpética, que llegó a cubrir, en quince días toda la superficie del cuerpo^[99]; otra se estableció en las manos^[100], y en fin otra, que se fijó en los labios de la vulva^[101].

Escrofularia aquatica.

18. Ruecker^[102] vio una hidropesía general debida al empleo de la *escrofularia*. Gataquer^[103] y Cirillo^[104] curaron homeopáticamente anasarcas con el empleo de esta hierba.

Sambucus nigra.

19. Boerchave^[105], Sydenham^[106] y Radcliff^[107] curaron una especie de hidropesía, porque administraron las flores del *saúco*. Haller^[108] enseñó que, la aplicación del *saúco* produce una hinchazón serosa en toda la superficie del cuerpo.

Scilla marítima.

20. De Haen^[109], Sarcone^[110] y Pringle^[111], respetando la verdad y la experiencia, confesaron que curaron pleuresías con la *raíz de escila*, cuya gran acritud debía proibirse en un trastorno

cuyo tratamiento la escuela alopática no admite sino medicamentos refrescantes, antiflogísticos y emolientes. Pero, no por eso ha dejado de desaparecer el dolor de costado, bajo la influencia de esta planta, en virtud de la ley homeopática, porque J. G. Wagner^[112] había observado que su acción produce una especie de pleuresía y una inflamación del pulmón.

Stramonium datura.

21. D. Cruger, Ray, Kellner, Kaau-Boerhaave y muchos otros prácticos,^[113] observaron que el *datura stramonium*, produce convulsiones con gran delirio. Pues muchos médicos, precisamente por esta propiedad, la emplearon para curar la demoniomanía^[114], delirio fantástico, el cual va acompañado de espasmos en los miembros. Sidren^[115] y Wedemberg^[116]. Si por el empleo de esta planta logró Sidren^[117] curar dos casos de corea, uno producido por el miedo y el otro por el vapor de mercurio, fue justamente porque el *stramonio* tiene la virtud de excitar movimientos involuntarios en los miembros, como Kaau-Boerhaave lograron observar. Schenck, entre muchos otros, comprobaron la facultad que el *stramonio* tiene de extinguir la memoria; por esto no se debe admirar que Schinz y Sauvages, hayan curado lesiones cerebrales, con pérdida de la memoria. Por último, si Schmalz^[118] curó con el empleo de esa hierba una melancolía maniaca, es porque esta planta posee, entre otras virtudes, la de provocar un estado análogo en el hombre sano, según dijo Da Costa^[119].

Chinchona officinalis.

22. Percival, Stahl, Quarin, entre otros médicos, comprobaron que la *quina* produce pesadez de estómago. Morton, Friborg, Bauer y Quarin, vieron que esta misma planta provoca vómito y diarrea; D. Cruger y el mismo Morton, observaron que produce síncope; Thomson, Richard, Stahl y C. R. Fischez, una gran debilidad y una especie de ictericia; Quarin y Fricher, gusto amargo en la boca y tensión del bajo vientre. Precisamente en los casos, donde estos síntomas se encuentran, son en los que Torti y Gleghorn recomiendan recurrir únicamente a la *quina*. Los excelentes resultados obtenidos por el empleo de esta corteza en ese estado de languidez, con digestiones laboriosas y falta de apetito, que vienen después de las fiebres agudas, especialmente cuando han sido tratadas con sangrías y otros medios evacuantes y debilitantes, se fundan en la propiedad inherente de esta corteza, la cual produce un extremo abatimiento de fuerzas, disminuye la energía de todas las funciones orgánicas y morales, hace penosas las digestiones y suprime el apetito, como lo observaron muchas veces Gleghorn, Friborg, Cruger, Romberg, Stahl, Thompson y muchos otros.

Ipecacuanna.

23. ¿Cómo lograron reprimir los flujos de sangre, con la *Ipecacuanna*, como lo hicieron también, muchas veces Baglivi, Barbeytac, Gianella, Dalberg, Bergiris, entre otros? Porque este medicamento posee la cualidad de producir hemorragias, como lo manifestaron terminantemente Murray, Scott y Geoffroy. ¿Cómo podría ser tan beneficioso su uso en el asma, y sobre todo en el asma espasmódica, como lo enseñaron Akenside^[120], Meyer^[121], Bang^[122], Stoll^[123], Fonquet^[124] y Ranoe^[125], sino tuviese en sí misma la facultad de producir, sin excitar evacuación alguna, como el mismo Murray^[126], Geoffroy^[127] y Scott^[128] observaron que determina en la economía humana? Y en vista de estas pruebas, ¿se pueden exigir y desear otras más concluyentes, que para la curación de las afecciones, deben ser administrados los remedios, en razón directa de los efectos dinámicos que producen?

Ignatia amara.

24. Todo lo anterior, es muy fácil de comprender: el *Haba de San Ignacio* se ha mostrado eficaz en una especie de convulsión como Hermann^[129], Valentín^[130] y un escritor anónimo aseguraron^[131], sino tuviera en sí misma la facultad de producir convulsiones semejantes, como Vergins^[132], Camelli^[133] y Durius^[134] comprobaron.

Árnica montana.

25. Las personas que han recibido golpes contundentes, experimentan dolores en el costado, conatos a vomitar, punzadas y ardor en los hipocondrios, con ansiedad, temblores y sobresaltos involuntarios, semejantes a los que determinan las conmociones eléctricas; y tanto en el estado de sueño como en el de vigilia, sienten hormigueos en la parte afectada, etc. Como el *árnica montana* tiene la virtud de producir en el hombre sano un estado análogo, como atestiguan las observaciones de Meza, Vicat, Crichton, Collin, Aaskov, Stoll y J. C. Lange, fácilmente se comprende que esta planta, cura los accidentes que resultan de un golpe, de una caída, de una contusión, como lo experimentaron una multitud de médicos y pueblos enteros, desde la más remota antigüedad.

Belladonna atropa.

26. Entre las alteraciones que la *belladonna* produce en el hombre en estado de buena salud, se encuentran síntomas, cuyo grupo compone un cuadro semejante a la hidrofobia, causada por la mordedura de un perro rabioso, alteración que Mayerne^[135], Munch^[136], Buchholz^[137] y Neimike^[138] curaron perfecta y completamente con esta planta^[139]. Sucede lo mismo con aquellos que emplean la *belladonna*, cuando padecen hidrofobia, sufren de insomnio; su respiración es difícil; los devora una sed ardiente, acompañada de ansiedad; cuando se les presentan líquidos, los rechazan de inmediato; tienen encendido el rostro, con los ojos fijos y centellantes, como lo observó F. G. Grimm; experimentan sofocación, cuando se les hace beber, como lo vieron: E. Camerarius y Sauter; generalmente no pueden tragar cosa alguna, como lo observaron: May, Lottinger, Sicelius, Bochave, D'Hermon, Manetti, Vicat, Cullen; sienten alternativamente terror y deseos de morder a las personas que los rodean, como aseguraron: Sauter, Dumoulin, Muchave, Mardorf; escupen a su alrededor, según Sauter; Quieren huir, según: Dumoulin, E. Gmelin, Buchoz, y están afectados de una continua agitación, según: Goucher, E. Gmelin y Sauter. También la *belladonna* ha curado muchos casos citados por: Evers, Schmucker, Schmalz, Munch, padre e hijo entre otros; y esto ha sido posible, por la virtud que tiene la *belladonna* de producir la demencia, tal como señalaron: Bau, Grimm, Hasenest, Mardorf, Hoyer, Dillenius, entre otros.

27. Henning^[140], trató inútilmente durante tres meses, con muchos y diferentes medicamentos, una amaurosis con manchas abigarradas en los ojos, creía que esta perturbación podía ser el resultado de la gota, sin embargo, el enfermo jamás se había quejado de esta afección, y decidió prescribir la *belladonna*^[141], la cual produjo una curación pronta exenta de inconvenientes. Si Henning, hubiera sabido, elegir bien el remedio, con el cual se puede curar una afección que produce síntomas análogos a los de la afección misma, y que la *belladonna*, de acuerdo con la ley inmutable de la naturaleza, sólo puede restablecer la salud homeopáticamente. Porque según Buchholz^[142] y Sauter^[143], la *belladonna* excita por sí misma una especie de amaurosis con manchas abigarradas en los ojos, él entonces, hubiera elegido, mucho antes la *belladonna* y también habría curado antes al enfermo.

Hyosciamus niger.

28. El *beleño* ha curado, según testimonios de Mayerne, Stoerck, Collin, entre otros^[144], espasmos que tienen gran semejanza con la epilepsia. En las obras de E. Camerarius, C. Seliger, Hunerwolf, A. Hamilton, Planchon, Da Costa y otros, leemos que el *beleño* tiene la propiedad de excitar movimientos convulsivos análogos a la epilepsia, y esta es la razón del porqué el *beleño* cura espasmos epileptiformes.

29. Fothergill, Stoerck, Helwig y Otterdinger^[145], usaron el *beleño* en ciertas formas de enajenación mental, con buen resultado; y muchos buenos efectos se hubieran conseguido por su empleo, si los alópatas no lo hubieran usado en otras formas de enajenación mental, las cuales tienen gran analogía con la especie de locura estúpida, como efecto de la administración del *beleño* descrita por: Van Helmont, Wedel, J. G. Gmelin, Laserre, Hunerwolf, A. Hamilton, Kiernander, J. Stendmann, Tozzetti. Jaber y Wendt.

30. Agrupados los síntomas que produce el *beleño*, los cuales recogieron estos últimos observadores, constituyen un cuadro de histerismo en muy alto grado. Pues en las *Actas de los curiosos de la naturaleza*^[146] y en las obras de J. A. P. Gessner y Stoerck, encontramos ciertas observaciones de histerismo en el más alto grado, curado con dicha planta.

31. Schenkbecher^[147], jamás hubiera logrado curar un vértigo, que databa de veinte años, si el *beleño* no poseyera en muy alto grado, la virtud energética de producir generalmente un estado semejante, como afirmaron: Hunerwolf, Blom, Navier, Planchon, Sloane, Stedmann, Greding, Wepfer, Vicat y Bernigau.

32. Mayer Abramson^[148], atormentó por espacio de mucho tiempo a un hombre poseído por la manía de los celos, le dio infructuosamente gran número de medicamentos, hasta que por último se decidió, administrar el *beleño*, como soporífico, y produjo con él, una curación pronta y rápida. Si al menos, hubiera sospechado que el empleo del *beleño* determina la aparición de la manía de los celos, en una persona sana y, hubiera conocido la ley homeopática, única base segura de la terapéutica radical curativa, había podido, desde el principio, administrar al enfermo el *beleño* y lo había podido curar con seguridad, evitando las molestias de los medicamentos, los cuales no son homeopáticos y que no aportan beneficio alguno.

33. Las complicadas fórmulas que empleó Hecker^[149] con resultado feliz en un caso de contracción espasmódica de los párpados, había sido completamente inútil, si la causalidad no hubiera hecho entrar en ellas al *beleño*, el cual según Wepfer^[150], produce una afección análoga en las personas sanas.

34. Withering^[151], pudo triunfar en una constricción espasmódica de la faringe con imposibilidad de tragar, cuando empleo únicamente el *beleño*, cuya virtud energética consiste en producir una constricción espasmódica de la garganta con imposibilidad de deglutir, como lograron observar: Tozzetti, Hamilton, Bernigan, Sauvages y Hunerwolf.

Camphora.

35. ¿Sería tan saludablemente eficaz el *alcanfor* en las fiebres lentas, llamadas nerviosas, como pretende Huxham^[152], en las cuales es tan poco elevado el calor, tan embotada la sensibilidad, y las fuerzas generales tan considerablemente disminuidas, si el resultado de su acción inmediata en el organismo, no fuera del todo semejante a dicho estado, como lo pudieron observar: G. Alexander, Cullen y Hoffmann?

Vinum.

36. Los vinos generosos, tomados en microdosis, curan homeopáticamente la fiebre inflamatoria simple. Por eso, C. Crivellati^[153], H. Angenius^[154], A. Mundella, y dos autores anónimos, nos dejaron en sus libros testimonios de esta verdad. Es más, mucho antes Asclepiades^[155], había curado una inflamación del cerebro, con una pequeña cantidad de vino. Un delirio febril con respiración estertorosa, parecido a la embriaguez que produce el vino, se curó en una noche, en que Rademacher^[156], desesperado al no aliviar con ningún medio a un enfermo, el cual presentaba estos síntomas, le hizo ingerir una pequeña cantidad de vino. Y ¿Dejaremos de reconocer en esto el poder de una irritación análoga dinámica?

Té.

37. Una infusión fuerte de *Té*, causa palpitations de corazón y ansiedad, sobre todo a personas que no están acostumbradas a él, pero al ingerirlo en microdosis, se convierte en un excelente remedio, cuando dichas palpitations proceden de otras causas, como lo comprobó G. L. Rau^[157].

Opium.

38. Un estado semejante a la agonía, en el cual el enfermo experimentaba convulsiones que lo privaban del conocimiento, alternando con accesos de disnea, suspiros entrecortados y estertores, con frío glacial en todo el cuerpo, lividez en pies y manos y debilidad de pulso; conjunto de

síntomas análogos a los que Schweikert, entre otros, observaron síntomas que resultan de la acción del *opio*, y el caso fue tratado sin éxito al principio, por Stutz^[158], con el álcali, pero después con el auxilio del *opio*, el enfermo se curó, de un modo pronto y duradero. ¿Quién no percibe aquí la Doctrina homeopática puesta en práctica, aunque la ignoran muchos los que la emplean?

39. El *opio*, según Vicat, J. G. Grimm, entre otros, excita una grande y casi irresistible tendencia al sueño, con sudores abundantes y delirio comatoso. Pues fue este el motivo principal para que Osthoff^[159] no lo administrara en una fiebre epidémica, la cual presentaba síntomas muy semejantes a aquellos, porque el método que este médico profesaba le prohibía terminantemente emplear el *opio* en semejantes circunstancias. Sin embargo, probados infructuosamente todos los medicamentos conocidos, y persuadido de que el enfermo iba a morir, adoptó la doctrina homeopática y le administró un poco de *opio*, cuyo efecto fue tan saludable como debía serlo, de acuerdo con eterna ley homeopática.

40. J. Lind^[160], declara que el *opio* hace desaparecer dolores de cabeza, cuando estos van acompañados con gran calor en la misma y dificultad al transpirar. Pero Lind ignoraba que este es un efecto saludable del *opio* y que era debido a la facultad que en sí mismo tiene esta sustancia de producir en el hombre, en perfecta salud, síntomas mórbidos análogos, a despecho de los axiomas equívocos de la escuela alopática.

41. Sin embargo, existieron médicos, por cuya imaginación pasó esta verdad como un relámpago, pero no por esto sospecharon, siquiera, la ley homeopática. Así mismo, Alston^[161], dice que el *opio* es un medio calefaciente, pero no por esto deja de ser una sustancia, la cual puede moderar el calor.

42. De la Guerenne^[162], usó el *opio* en una fiebre, acompañada de violenta cefalalgia, con tensión, dureza del pulso, sequedad y dureza de la piel, calor ardiente y sudores debilitantes, interrumpidos cada momento por la agitación continua en que se hallaba el enfermo. Aquí el *opio* le dio un resultado muy favorable, pero ignoraba que este ventajoso éxito, se había logrado por la propiedad que el *opio* tiene de producir un estado febril análogo, en las personas dotadas de buena salud, como lo comprobaron muchos observadores.

43. Un enfermo se hallaba tendido, con los ojos abiertos, debido a una fiebre soporosa, las extremidades estaban rígidas, el pulso era intermitente y pequeño, la respiración era estertorosa, difícil y con pérdida completa del habla; síntomas todos perfectamente análogos a los que el mismo *opio* tiene la virtud de provocar, de acuerdo con lo que atestiguaron Delacrois, Rademacher, Crumpe, Pyl, Vicat, Sauvages y muchos otros, dicha sustancia fue la única que produjo buenos resultados, y a la cual debió a G. L. Hoffmann^[163] la curación homeopática al enfermo.

44. Witherson^[164], Sydenham^[165] y Marcus^[166] también lograron curar con el *opio* muchas fiebres letárgicas graves. La curación que obtuvo De Meza^[167], de un letargo, mediante el uso del *opio*, después de haber probado inútilmente muchos medios, pudo alcanzarse, en virtud de la propiedad que esta sustancia tiene de producir el letargo, en cuyo caso claro, obró homeopáticamente.

45. Después de haber martirizado a un enfermo, con muchos medicamentos inadecuados, es decir, no homeopáticos, atacado de una afección nerviosa rebelde, cuyos más culminantes síntomas eran la insensibilidad y el entorpecimiento de los brazos, de los muslos y del vientre, G. C. Mathaei^[168], consiguió al fin la curación con el *opio*, que según Stutz, J. Young y otros, tiene la virtud de producir por su propia acción, síntomas dinámicos semejantes de gran intensidad Est. Org. Af. 26; de donde se deduce fácil y evidentemente, que en esta circunstancia curó en virtud de la ley homeopática. ¿A qué debe atribuirse la curación del letargo, el cual contaba con muchos días, obtenida por Hufferland^[169], con la administración del *opio*, sino a esta ley que rige a la Homeopatía, hasta hoy desconocida?

46. Una epistaxis que sólo se manifestaba mientras el enfermo dormía y De Haen, conoció que esto no era sueño natural, sino una especie de epilepsia letárgica, con respiración estertorosa, semejante en un todo a la que el *opio* produce en las personas sanas, esta cedió únicamente a la administración de este remedio, el cual transformó el letargo en sueño verdadero y muy reparador,

poniendo, de este modo, al enfermo en completa libertad Est. FH. 156-157, 330-333 de la epilepsia.^[170] ¿Cómo pudo suceder esto si el *opio*, que es, como todos saben, una sustancia entre todos los vegetales, la que administrada en microdinamización a un hombre sano, produce la constipación más fuerte y duradera, por esto, es uno de los remedios más poderosos que puede usarse en las constipaciones, las cuales ponen en gran riesgo la vida, sino fuera por la virtud de la ley homeopática tan desconocida, es decir, si la Naturaleza no nos hubiera concedido medicamentos dinámicos, especiales, que por su propia acción de producir síntomas dinámicos medicamentosos, venciera las afecciones naturales análogas? El *opio*, cuya primera impresión, es muy eficaz para constipar el vientre, fue el único medicamento de salvación que Tralles^[171] encontró para curar una constipación rebelde, hasta entonces, a todos los medios aconsejados por los A. A., de que ya había echado mano inútilmente.

47. Lentilius^[172], G. W. Wedel^[173], Wirthenson, Bell, Heister y Richter^[174], también confirmaron la eficacia curativa del *opio* en dicha afección, aún cuando se administre sólo. Bohn aprehendió, que los opiáceos por sí solos pueden determinar la evacuación de los materiales contenidos en el intestino, en el cólico llamado *miserere*^[175]; y el grande Hoffmann administró, en los casos más peligrosos de esta afección, únicamente el *opio*, mezclado con un licor anodino^[176]

Sabina.

48. La *sabina* que administraron Rave^[177] y Wedekind^[178], impidió ciertas metrorragias graves y, es evidente entre los médicos, que este arbusto produce hemorragias uterinas y determina el aborto en las mujeres sanas. ¿Quién no percibe aquí la ley homeopática que ordena tratar las afecciones de acuerdo con el *Similia Similibus*?

Moschus moschiferus.

49. ¿El almizcle sería por ventura el ejercicio de las varias clases de asma espasmódica que, bajo la denominación de asma Miliar, si no tuviera en sí misma esta sustancia la propiedad de excitar sofocaciones espasmódicas, sin tos, como lo observó J. Hoffmann?^[179]

Cantharis vesicatoria.

50. Se sabe muy bien, que la retención de orina es uno de los síntomas constantes cuando se administra o aplica la cantárida, como fue bastante demostrado por: J. Camerarius, Baccius, Fabricio de Hilden, Foreest, J. Lanzoni, Van der Wiel y Werlhof^[180]. Por consiguiente, la cantárida, administrada por vía interna y con cierta precaución, se convierte en un remedio homeopático muy preciso en los casos de retención dolorosa de orina. Efectivamente, esto es lo que sucede. Sin hacer mención de los médicos griegos, que en vez de nuestra cantárida, empleaban el *melae chicorii* de Fabricios, Capo di Vacca, Fabricio de Aquapendente, Riedlin, T. Bartholin, Young, Smidt, Raymond, De Meza^[181], Brisbane y muchos otros^[182], quienes curaron perfectamente, mediante la cantárida, iscurias -retención de orina- muy dolorosas, que no eran el resultado de un obstáculo mecánico.

51. Sydenham, vio los mejores efectos que este remedio efectuaba, en casos análogos, lo alababa mucho, y lo habría empleado de muy buena voluntad, si las tradiciones de la escuela alopática, que se suponía más sabia que la Naturaleza, ordenaba demolientes y relajantes en semejantes circunstancias, pues no lo habría podido prohibir, contra su propia convicción, prescribiendo el remedio homeopático específico^[183]. Werlhof, primero y después Sachs de Lewenheim, Hannaeus, Bartholin y Lister administraron la *cantárida*, a muy cortas microdosis y lograron desaparecer con ellas, síntomas muy manifiestos y graves que empezaron a declararse^[184]. Este resultado lo determinó la cantárida, en virtud de la propiedad que tiene de producir una iscuria dolorosa con ardor al orinar y con inflamación de la uretra -Wendt-, y aún por aplicarla sola, externamente, en una especie de gonorrea inflamatoria -Wichmann-^[185]. Esto lo atestiguaron casi todos los observadores.

Sulphur.

52. Walter afirmó que, el uso interno del *azufre*, produce frecuentemente, en personas irritables, un tenesmo acompañado, muchas veces de vómito y fuertes dolores en el hipogastrio. Esto sucede, por la virtud que tiene esta sustancia de curar no sólo afecciones disintéricas^[186], sino también un tenesmo hemorroidal, según Rave^[187]. Todo el mundo sabe que las aguas de Toeplitz, como todas las sulfurosas templadas y calientes, ocasionan la aparición de un exantema muy parecido a la sarna, que ataca a los que trabajan con lana. Esta virtud, de las aguas sulfurosas es justamente homeopática, por eso son tan útiles para curar muchas erupciones tsóricas. ¿Habrá otro medio más sofocante que el vapor del azufre en combustión? Pues, Rouquet, consideró a este vapor como el medio más eficaz, seguro para devolverles la vida a personas con asfixia por cualquier otra causa^[188]. Est. *Org. Af.*285 y Nt.

Nitricum acidum.

53. Los médicos ingleses, hallaron en el *ácido nítrico*, de acuerdo con los escritos de Beddoes, entre otros, un poderoso remedio contra la salivación y las úlceras de la boca, producidas por el uso del *mercurio*. El *ácido nítrico* no hubiera sido útil en este caso, como en muchos otros, sino tuviera la facultad de producir la salivación y úlceras en la boca; y esto no sólo en virtud de su farmaconomía al interior, sino también aplicándolo en baño en toda la superficie del cuerpo, como lo demostraron Scott^[189] y Blair^[190]. Así mismo, Alyon^[191], Luke^[192], J. Perriar^[193] y G. Kellie^[194], produjeron úlceras en la boca, acompañadas de salivación como resultado del uso interior del *ácido nítrico*.

Causticum.

54. Fritze^[195] observó la producción de una especie de tétanos por efecto de un baño de potasa cáustica, y A. De Humboldt logró, con la ayuda de la sal de tártaro fundida, que es una especie de potasa semicáustica, aumentarse la irritabilidad y contractilidad de los músculos, hasta el punto de ocasionar la rigidez tetánica^[196]. La virtud curativa que la potasa cáustica posee contra las varias clases de tétanos, en las que Stutz y muchos otros, la hallaron muy ventajosa, ¿Podría explicarse de un modo más sencillo y verdadero, la virtud que tiene este álcali de producir esos efectos dinámicos?

Arsenicum album.

55. El *arsénico* que influencia tan poderosamente el organismo vivo, da lugar a creer que puede ser más terrible en manos de un ignorante, que útil y saludable en las de un sabio, pues, si el *arsénico* no pudiera efectuar tantas y tan sorprendentes curaciones de cánceres, según dieron testimonios innumerables médicos, entre los cuales cabe citar a Falopio^[197], Bernhardt^[198], y Roenow^[199], si este óxido metálico no gozase de la virtud homeopática de causar en las personas sanas, tubérculos muy dolorosos y difíciles de curar, según Amatus Lusitanus^[200]; profundas ulceraciones de mal carácter, según Heinrich^[201] y Knape^[202], y úlceras cancerosas, según Heinze^[203]. No estarían contentos los antiguos para elogiar el emplastro magnético o arsenical de Ángel Sala^[204], contra los bubones pestilentes y el carbunco, si el mismo arsénico no tuviera la propiedad de causar tumores inflamatorios, con marcada tendencia a la gangrena, según vieron Degner^[205] y Pfann^[206] y carbuncos y pústulas malignas, comprobados por Verzascha^[207] y Pfann^[208]. ¿De dónde procede la virtud curativa del *arsénico*, en algunas formas de fiebre intermitente, virtud que atestiguan millares de ejemplos, pero que aún no se tiene bastante precaución en su aplicación práctica, y que fue preconizada hace muchos siglos por Nicolás Myrepsus y plenamente comprobada, después por Slevogt, Molitor, Jacobi, J. C. Bernhardt, Fauve, Brera, Darwin, May, Jackson Jungken y Fowler, sino tuviera fundada la virtud de producir la fiebre, la cual todos los observadores, principalmente Amatus Lusitanus, Degner, Buchholz, Heun y Knape, señalaron los inconvenientes, acerca de la administración de esta sustancia? Parece indudable que el *arsénico* es un remedio eficaz contra la angina de pecho, como afirmó no sólo E.

Alexander^[209], sino también Tachenius, Guilbert, Preussius, Thilenius y Phylhan, vieron que este óxido determina una fuerte opresión de pecho, Griselius una disnea sofocante^[210] y Majault, accesos súbitos de asma, acompañados de una gran postración de energías^[211].

Cuprum metallicum.

56. Según Tondi, Ramsay, Fabas, Pyl y Cosmier, el *cobre* produce convulsiones y, la ingestión de alimentos o bebidas cargadas de partículas cobrizas, ataques repetidos de epilepsia; y que una moneda de cobre introducida en el estómago, en presencia de J. Lacerne, determinaron su persistencia^[212]. Además Pfundel^[213], observó que la ingestión de la sal amoniaco cobriza en las vías digestivas, explican muy claramente a los médicos que se tomen la molestia de reflexionar, porque el cobre ha podido curar la corea, según atestiguaron. R. Wilan^[214], Walcker^[215], Thessink^[216] y Delarive^[217]. Estos hechos fueron confirmados y citados por: Batty, Baumes, Bierling, Boerhaave, Cansland, Cullen, Duncan, Feuerstein, Hevelius, Lieb, Magennis, C. F. Michaelis, Reil, Russel, Stiser, Thilenius, Weissmann, Weizenbreyer, Whithers y otros.

Stannum.

57. Poterius, Wepfer. F. Hoffmann, Bogel. B. A y Albrecht, lograron curar con el *estaño*, una especie fiebre héctica, un asma mucosa y catarros crónicos, debido a que este metal posee la facultad de producir una especie de tisis, como comprobó Stahl. Ahora, si el *estaño* no tuviera la facultad de provocar en las personas sanas, dolores gástricos, como lo observaron Stahl y Geischlaeger, ¿cómo ha sido posible curar esos violentos dolores de estómago, con el auxilio del *estaño*?

Plumbum metallicum.

58. Thumberg, Wilson, Luzuriaga, entre otros, lograron observar que el *plomo* tiene la facultad de producir una obstinada y tenaz constipación y la pasión ilíaca. ¿Esto no dice, de un modo claro que este metal tiene la virtud de curar esas mismas afecciones? Evidentemente, este metal así como todos los medicamentos homeopáticos, deben su virtud curativa a la facultad que poseen de producir en las personas, dotadas de buena salud, síntomas dinámicos análogos a los que presentan las afecciones a curar Est. Org. Afs. 118-119. Por esta misma razón, Ángel Sala^[218], logró curar con el *plomo* una especie de íleo y J. Agrícola^[219], una constipación, que por su tenacidad comprometía muy seriamente la vida del enfermo. Las píldoras saturninas, con las cuales, Blosch, Chirac, Van Helmont, Lusitanus, Naudeau, Pererius, Rivinus, Sydenham, Zacutus y muchos otros, pudieron vencer constipaciones obstinadas y la pasión ilíaca, las cuales no obraban mecánicamente en razón de su peso, porque si este hubiera sido el motivo de su eficacia, el *oro*, cuyo peso específico es mayor que el del *plomo*, hubiera sido preferible en estos casos, sino más bien obraban únicamente como remedio, en razón de su cualidad saturnina y por eso curaban de un modo semejante, homeopáticamente. Si Otton Tachenius y Sasxtorp, lograron curar con el *plomo* hipocondrios epidémicos, es preciso recordar que este metal tiende por sí mismo a producir afecciones hipocondríacas, como puede comprobarse con la descripción que hizo Luzuriaga de sus efectos perjudiciales^[220].

Mercurius.

59. Ahora bien, no debe sorprendernos que Marcus, haya curado con el *mercurio* y en poco tiempo una hinchazón inflamatoria de la lengua y laringe^[221], remedio que, de acuerdo con la experiencia diaria y mil veces repetida por todos los médicos, tiene la tendencia específica de producir una inflamación de las partes internas de la boca, no solamente en virtud de su farmacomía externa, sino también por su aplicación, bajo la forma de unguento o emplastro, sobre cualquier parte de la superficie del cuerpo, como lo experimentaron Degner^[222], Friese^[223], Alberti^[224], Engel^[225] y muchos otros.

60. La debilidad de las facultades intelectuales, que según Swedianer^[226]; la estupidez que Degner^[227] y la enajenación mental que Larrey^[228] observaron, se declaró como resultado que tiene el *mercurio* de producir la salivación, y explican por qué G. Perfet^[229] curó con este metal, de un modo permanente y radical, una profunda melancolía, que alternaba con un flujo de saliva abundante. ¿Por qué dieron tan buenos resultados los mercuriales a Seelig^[230] en la angina, acompañada de púrpura, y en otras experiencias de carácter grave como observaron Hamilton^[231], Hoffmann^[232], Marcus^[233], Rush^[234], Golden^[235], Bailey y Michaelis?^[236] Porque el *mercurio*, evidentemente produce en las personas sanas una especie de angina de las más molestas^[237]. ¿Acaso, no logró Sauter la curación homeopática de una inflamación ulcerosa de la boca, acompañada de aftas y aliento muy fétido, parecida a la que se observa en el tialismo, prescribiendo una disolución de *sublimado de mercurio* en gargarismos?^[238] ¿No es una curación homeopática, la cual consiguió desaparecer Bloch^[239], con preparaciones mercuriales las aftas bucales, supuesto que dicha sustancia tiene, entre sus propiedades especiales, la facultad de provocar una especie particular de aftas, como también afirmaron Schlegel^[240] y Th. Acrey?^[241]

61. Hecker^[242], usó muchas mezclas de medicamentos, contra una caries a consecuencia de las viruelas, con resultado feliz, en las que, por fortuna para el enfermo, entro en dichas mezclas el *mercurio*, el cual, si se comprende bien, cedió la perturbación, porque el *mercurio* es uno de los pocos medicamentos de la *Patogenia dinámica pura*, que tiene la facultad de producir la caries, como lo acreditan, desgraciadamente tantos tratamientos mercuriales exagerados bien contra la sífilis, o bien contra otras afecciones, como las que observó Michaelis. G. P^[243]. Este agente medicinal tan temible, cuando se administra a macrodosis o se prolonga su uso por mucho tiempo, llega a constituirse en causa determinante de la caries. Sin embargo, ejerce una influencia homeopática benéfica, en aquellas caries cuando suceden a las mecánicas de los huesos, de las cuales, nos legaron ejemplos terminantes los siguientes observadores: J. Schlegel^[244], Foerdens^[245] y J. M. Muller^[246]. Además, J. F. G. Neu^[247] y J. D. Metzger^[248], consiguieron con el *mercurio*, curaciones de caries, no venéreas, que nos dan una prueba concluyente de la virtud curativa que goza esta sustancia.

Electricidad.

62. Leyendo las obras que tratan de la *electricidad*, con aplicación a la terapéutica, ciertamente, uno se sorprende, percibir la gran analogía que existe entre las incomodidades y accidentes morbíficos que determina este agente, y los síntomas del todo semejantes que ha curado, de un modo suave y duradero, es decir, homeopáticamente. El catálogo de los autores, quienes observaron ciertos efectos primitivos de la *electricidad positiva*, es inmenso. Por ejemplo, vieron la aceleración del pulso y Sauvages^[249], Delas y Barillon^[250] vieron accesos completos de fiebre, causados por la *electricidad*. Además, la facultad que este imponderable tiene de producir la fiebre, fue la causa, que debe atribuirse a que, Gardini, Wilkinson, Syme y Wesley, lograron curar con ella una fiebre terciana^[251]. Así mismo, Zetzel y Willermoz, con el empleo de la *electricidad*, lograron una curación radical de fiebres cuartanas^[252]. También se sabe que, la electricidad excita en los músculos, contracciones semejantes a los movimientos convulsivos. Pues De Saus, producía por medio de ella, muchas veces cuando lo intentaba, convulsiones duraderas en el brazo de una joven, quien se sometía al experimento^[253]. En virtud de esta facultad, que goza la *electricidad*, el mismo Saus^[254] y Francklin^[255], la aplicaron exitosamente en el tratamiento de las convulsiones, y Theden^[256], trató a una niña de diez años, a quien un rayo la había dejado muda, con parálisis del brazo izquierdo, movimiento continuo oscilatorio involuntario de piernas y contracción espasmódica de los dedos de la otra mano, consiguió con la *electricidad*, devolver la voz, el habla y restableció las demás funciones. La *electricidad*, también determina una especie de ciática, como observaron Jallabert^[257] y otro autor^[258], por cuya razón, este imponderable curó la referida neuralgia y de un modo homeopático, como lo comprobaron Hiortberg, Lovet, Arrigoni, Daboueis, Mauduyt, Syme y Wesley. Muchos médicos curaron una especie de oftalmía mediante la *electricidad*, porque este imponderable tiene la virtud de producir inflamaciones de los ojos,

como atestiguan las observaciones de P. Dickson y Bertholon. Además, si la *electricidad*, aplicada por Fushel, curó varices, esto ha sido por la virtud que tiene para determinar la aparición de tumores varicosos, como lo comprobó Jallabert^[259] *.

Vacuna y viruela.

63. Para terminar, si la *ley de los semejantes* no fuera cierta y positiva, ¿cómo puede la vacuna prevenir las viruelas? Estas afecciones tienen mucho en común, sin contar con ciertas relaciones de semejanza que las unen entre sí, las cuales no se manifiestan sino una vez en la vida; dejan cicatrices igualmente profundas: que tanto la vacuna como la viruela producen tumefacción en las glándulas axilares, una fiebre muy semejante; la rubicundez inflamatoria, como aureola de cada grano, y por último, oftalmía y convulsiones. Aún la vacuna destruiría la viruela recién desarrollada, es decir, que curaría esta afección ya existente, sino la superara en intensidad *Org. Af. 26*. Para determinar este efecto, no hace falta más que un grado de energía, el cual de acuerdo con la ley natural, coincide con la *ley de los semejantes*, para que la curación pueda verificarse *Est. Org. Af. 152*. Considerando la vacuna como medio homeopático, no puede ser eficaz, sino cuando se emplea antes de que aparezcan las viruelas, que son más enérgicas que ella. Empleada de este modo, la vacuna produce una afección muy análoga a la viruela, siendo por consiguiente homeopática; y como el cuerpo humano no puede, generalmente hablando, ser atacado por segunda vez de una afección de esta clase, se encuentra de aquí en adelante protegido del contagio de la viruela.^[260] *Est. Org. Afs. 36-40 y 46*.

Ahora bien, los médicos alópatas -o alternativos- ¿podrían explicarnos, de un modo racional este hecho y otros semejantes, con todas las teorías alopáticas que abrigan sus más de 200.000 mil volúmenes -hoy más del triple- que pesan sobre la tierra, ellos, que no conocen de manera alguna la *ley terapéutica* de la Homeopatía? ¿Son acaso sus métodos los que pueden llevarnos, con seguridad al descubrimiento de esta ley natural, la cual es tan ostensible y se expresa con claridad en todas las curaciones reales, prontas y duraderas? ¿Pueden esas teorías conducirnos a prescribir remedios para curar las afecciones, tomando por guía la semejanza de efectos que produce en el hombre sano, con los síntomas que aquellas presentan? De ninguna manera.

Después de reflexionar sobre estos ejemplos extraídos de escritos médicos de tiempos pasados, a los que podría agregar muchos otros e incluso los de mi propia experiencia, ¿quién podría ser tan inconsciente como para continuar ignorando el inmenso beneficio que aporta la *Ley de los semejantes* para erradicar de un modo suave, permanente y radical los miasmas crónicos? ¿Quién después de leer algunos pocos casos de los que se han descrito, podría dudar en reconocer, que los medicamentos complejos y más, si se dan a macrodosis crecientes y a menudo repetidos son los que producen frecuentemente teratogénesis y mal formaciones celulares? ¿Quién podría ser tan insensato como para declarar, acompañando así a los médicos alópatas modernos, que la erupción de sarna, tiña o empeine está radicada sólo superficialmente sobre la piel y en consecuencia puede ser eliminada sin temor alguno recurriendo a medios externos, puesto que lo interior del organismo no participa de tal síntoma y se conserva la salud?

¡Por cierto que de todos los crímenes de los cuales son responsables los médicos contemporáneos pertenecientes a la escuela secular de medicina, éste es el más grave, el más vergonzoso, el más imperdonable! *Org. Af. 203-205*.

El hombre que rehúse percibir, una vez que haya considerado los ejemplos dados y otros innumerables de idéntica naturaleza, que la verdad está justamente en lo opuesto a tales afirmaciones, se ciega a sí mismo obstinadamente y deliberadamente trabaja por la destrucción de la humanidad.

CRISTIAN HAHNEMANN.

___ * Editada en 1810, bajo el título *Organon de la Medicina Racional*.

___ * En la copia manuscrita por Hahnemann hay una nota en francés escrita por él, que traducida dice así:

La medicina alopática, tal como se la práctica, no conoce tratamiento alguno que no sea el de extraer de las afecciones los materiales nocivos que se supone las ocasionan. La sangre del enfermo es dilapidada sin misericordia mediante sangrías, sanguijuelas, ventosas, escarificaciones, a fin de disminuir una supuesta plétora que jamás ha existido, como la que experimentan las mujeres sanas pocos días antes de su menstruación -acumulación de sangre cuya pérdida no trae consecuencias significativas- en tanto que la pérdida de sangre por una plétora meramente supuesta destruye a la vida. La medicina, tal como se la practica habitualmente, procura evacuar el contenido del estómago y eliminar de los intestinos los materiales que, se supone, originan afecciones.

___ ** Con el mismo propósito el alópata experimentado se deleita inventando para las afecciones nombres fijos, de preferencia griegos *Org. Nts. 1 y 79*, a fin de hacer creer al enfermo que está familiarizado con esta afección desde hace mucho tiempo y que en consecuencia, es la persona más adecuada para curarla. *Org. Afs. 54-55*.

___ * La Homeopatía -Homeología- no dilapida ni una sola gota de sangre *Est. DTM. 358*, no prescribe eméticos, ni purgantes, ni laxantes, ni diaforéticos, no hace desaparecer perturbaciones externas por medios externos, no receta baños termales ni minerales de propiedades desconocidas, ni lavativas medicadas, ni aplica cantáridas ni cataplasmas de mostaza, ni sedales, ni exutorios; no excita al ptialismo ni cauteriza con moxas o con hierros al rojo los mismos huesos y más aún, pero en cambio elabora y suministra sus propias preparaciones de remedios puros, simples, con los que está familiarizado cabalmente; jamás doblega al dolor mediante el opio, etc..

___ * La siguiente visión panorámica mundial, de las fuentes terapéuticas, las cuales parten desde Hipócrates hasta la actualidad, comprende la gran diferencia que existe entre las dos escuelas: La alopátia y la Homeopatía -Homeología-. También, puede compararse con la **Sección II. Cap. I-VIII de la PDP. Nota del presentador de este artículo.**

[1] Hubiera resultado mucho más de acuerdo con la sana razón humana y con la naturaleza de las cosas si ellos, a fin de capacitarse para curar una afección, hubiesen considerado “causa morbi” a la causa originaria de ella y se hubieran empeñado en descubrirla, pues así se habrían capacitado exitosamente para emplear la modalidad de tratamiento que resultaría útil en afecciones surgidas de la misma causa excitante, vale decir en aquellas que tienen un origen similar como por ejemplo, el mismo mercurio que es eficaz en una úlcera del bálano posterior a un coito impuro -úlcera venérea *Est. FH. 289* y lo es en todos los chancros venéreos previos; o también si ellos hubieran descubierto que la causa excitatriz o causa ocasional de todas las afecciones crónicas restantes -las no venéreas- hubiera sido en cierto período una infección u otra pero combinada con la misma de la sarna -Tsorat- y hubieran encontrado para todas un método común de tratamiento, teniendo en cuenta las peculiaridades -características- de cada caso individual, en cuya virtud todas estas afecciones crónicas, sin excepción, podrían haber sido curadas. De haber procedido así hubieran podido proclamar con justicia que el tratamiento de las afecciones crónicas habían tenido en vista la única “*causa morborum chronicorum*” accesible y efectiva -“*non venerorum*”- y también que con tal base habían tratado a esas afecciones con óptimos resultados. Por el contrario, a lo largo de tantos siglos -2.700 años- han sido incapaces de curar la infinidad de perturbaciones tsóricas, descubierta primero por la Homeopatía -Homeología-, la cual, luego proveyó un plan de tratamiento apropiado, pese a lo cual se vanaglorian de que solamente ellos

tienen en vista a la “causa prima” de estas afecciones y de que sólo ellos las han tratado racionalmente, pese a no tener origen tsóratico y a ello se debe atribuir el que hayan chapuceado el tratamiento de todas las afecciones crónicas.

[2] Todo médico que trata las perturbaciones según caracteres generales, por mucho que aparente merecer el título de verdadero homeópata -homeólogo-, en realidad es y será siempre un alópata generalizador, porque sin la detallada individualización, la Homeopatía -Homeología- es imposible de concebirse.

[3] Actualmente llamados homeopáticos.

[4] En los cuales en que la experiencia había revelado la virtud curativa de los medicamentos actuando de un modo homeopático, cuya acción era inexplicable, se evadía la dificultad declarándolos “específicos y esta palabra, convenientemente hablando, vacía de sentido, dispensaba de reflexionar sobre el objeto en cuestión. Pero ya hace tiempo que estos estimulante homogéneos, es decir, específicos u homeopáticos, han sido prescritos bajo el concepto de que ejercían una influencia extremadamente peligrosa. -Rau. *Ueber der homoeopathie Heilverf.* Heidelberg. 1824. pág. 101-102-.

[5] En una afección gástrica que sobreviene súbitamente con eructos continuos y desagradables con sabor a alimentos descompuestos, y en general con gran depresión moral, frío en las manos y en los pies, etc., el médico rutinario ha persistido hasta hoy en la costumbre de atacar únicamente el contenido descompuesto en el estómago. Según esto, un poderoso emético debería procurar completamente la expulsión de las materias alteradas. Esta indicación fue lograda por lo general por medio del tártaro emético -estibiado- mezclado o no con la Ipecacuana. ¿Acaso recobra el enfermo la salud después de haber vomitado? ¡Efectivamente no! Dichas afecciones gástricas de origen dinámico, generalmente son debidas por alguna perturbación mental: aflicción, temor, cólera, por un enfriamiento o por alguna ejercitación excesiva de la mente o del cuerpo inmediatamente después de haber comido, así se trate a menudo de una comida moderada. Esto dos medicamentos no son apropiados para eliminar tal desarreglo dinámico y de igual insuficiencia es el vómito perturbador que ellos producen. Más aún, el tártaro emético y la Ipecacuana, debido a sus otros poderes patogénicos peculiares v. **Patogenia**, son posteriormente perjudiciales para la salud del enfermo y desarreglan la secreción biliar, de modo tal que si el enfermo no es muy robusto se habrá de sentir enfermo durante *varios días* a causa de los efectos mórbidos de este pretendido tratamiento causal y a pesar de toda esa violenta expulsión del contenido total del estómago. En cambio, si el enfermo en vez de ingerir drogas evacuanes tan violentas y siempre dañosas, práctica olfacción *Est. Org. Af. 285* por una sola vez de un glóbulo diminuto del tamaño de una semilla de mostaza impregnado con zumo de *Pulsatilla* muy diluida, el desarreglo de su salud en general y de su estómago en particular puede ser definitivamente eliminado y al cabo de dos horas se encontrará bien; y si los eructos han recurrido nuevamente, serán sólo de aire sin sabor ni olor; el contenido del estómago deja de estar alterado y a la próxima comida habrá recuperado completamente su apetito normal: se sentirá bien y con vitalidad. Esta es la verdadera medicación causal; la anterior es únicamente casual no tiene el crédito sino por usurpación y afecta nocivamente al enfermo.

Aún tratándose de un estómago sobrecargado con alimento de difícil digestión, jamás conviene un medicamento emético. En un caso semejante la *Vis Medicatrix* es capaz de librarse de tal exceso por el esófago en el mejor modo posible, por medio de náuseas, mareos y vómito espontáneo o asistido, con titilaciones mecánicas ejercidas en el velo del paladar y fauces y así se evitan los efectos medicinales accesorios de las drogas eméticas. Una pequeña infusión de café neutralizará y dejará pasar al intestino las materias que aún permanezcan en el estómago.

Pero si después de haberse sobrecargado el estómago, la irritabilidad de éste no fuera suficiente para promover el vómito espontáneo o si hubiera desaparecido completamente como para que también no hubiera extinguido la tendencia a él, en tanto persista gran dolor en el epigastrio, en semejante parálisis de la viscera gástrica un medicamento emético tendrá el efecto de producir una inflamación peligrosa o mortal de la vías digestivas, oportunidad en la cual, una pequeña infusión de café fuerte, administrado repetidamente, exaltará dinámicamente a esa irritabilidad deprimida del estómago y volverá a dejarla en condiciones de expulsar su contenido, por cuantioso que este fuera, ya sea por arriba o por abajo. En esto también, se equivocan los médicos ordinarios queriendo dirigir el tratamiento contra la causa, lo cual está fuera de lugar.

Cuando el ácido gástrico acre es muy abundante y refluye a la boca lo que no es raro, el uso hasta hoy día admitido, en los enfermos de afecciones crónicas, puede ser violentamente evacuado por un emético para desembarazar el estómago, pero esto será en vano y con gran detrimento, porque al día siguiente o a los pocos días es reemplazado por ácido gástrico igualmente acre y en cantidad mayor; por el contrario, cuando su causa es dinámica, las acedías ceden por sí mismas, cuando se administra una dosis -microdinamización- de ácido sulfúrico -*Sulphuricum acidum*- en dilución elevada o, mejor aún si es frecuentemente recurrente, por el empleo de dosis -microdinamización- de remedios homeopáticos que correspondan, también por similitud, con los demás síntomas.

De parecida índole son muchas de las pretendidas curaciones, que según la Escuela secular dirigen contra la causa morbífica, cuyo principal objeto es, mediante tediosas operaciones, molestas además para ellos mismos y perjudiciales para el enfermo, el de expulsar el producto material del desarreglo dinámico, en tanto que si percibieran la fuente dinámica de su afección y la eliminaran homeopáticamente, entonces lograría efectuar una curación racional.

[6] Síntomas que dependen únicamente de un miasma tsóratco y que fácilmente son curables por remedios dinámicos homeopáticos suaves, sin necesidad de recurrir a eméticos ni purgantes.

[7] A pesar de que casi todas las hemorragias mórbidas dependen únicamente de un desequilibrio dinámico de la energía vital -estado de salud-, los médicos de la escuela secular consideran que su causa es la superabundancia de sangre y no pueden abstenerse de sangrar con el propósito de extraer este supuesto exceso de fluido vital. Las consecuencias evidentemente fatales de tal procedimiento, son la postración de fuerzas y la tendencia, o real transición, al estado tifoideo, lo que adjudican a la malignidad de la afección y a la que, con frecuencia, no son capaces de superar; finalmente imaginan -aún cuando el enfermo ya no se reponga- que su tratamiento guarda conformidad con su máxima “*causam tollen*” y que, según su lenguaje habitual, han hecho cuanto estaba en su poder para ayudar al enfermo, cualquiera haya sido el resultado, sin arrepentirse por eso, de su mal proceder.

[8] Aunque muy probablemente no haya jamás, en el cuerpo humano ni una gota de sangre en exceso, los adeptos de la escuela alopática, no por esto dejan de considerar que un imaginario exceso -plétora- o superabundancia de sangre es la causa material y principal de todas las hemorragias e inflamaciones, las cuales deben combatir por medio de venesecciones, ventosas escarificadas y sanguijuelas. Esto es lo que consideran un modo racional de actuar y de dirigir el tratamiento contra la causa. En las fiebres inflamatorias generales y en las pleuresías agudas, todavía consideran que la linfa coagulable en la sangre -la linfa cuajada, como se la denomina- es la “*materia pecans*” a la cual hacen grandes esfuerzos para expulsarla con el auxilio de repetidas venesecciones, sin reparar que esta linfa cuajada a menudo se vuelve más consistente y espesa a cada nueva repetición de la venesección. Así es que, cuando la fiebre inflamatoria no cede, sangran repetidamente al enfermo hasta casi llevarlo a la muerte a fin de eliminar esa linfa cuajada o aquella plétora imaginaria, sin sospechar que la sangre inflamatoria es solamente el producto de la fiebre aguda, de la irritación mórbida inflamatoria inmaterial -dinámica-, la cual esta última es la única causa de la gran perturbación en el sistema vascular y que se puede destruir por una dosis -microdinamización- de un remedio homeopático, como por ejemplo, con un diminuto glóbulo de azúcar impregnado del zumo de *Aconitum* al decillonésimo grado de dinamización, evitando los ácidos vegetales, *de modo que la más violenta fiebre pleurítica*, con todos sus síntomas alternantes o concomitancias, se cura completamente en 24 horas a lo sumo, sin la más mínima sustracción de sangre y sin ningún remedio antiflogístico, -una prueba hemática, por vía de comprobación no exhibirá ninguna traza de linfa cuajada-; pero otro enfermo afectado simultáneamente y tratado según el pretendido método racional de la escuela secular, si después de repetidas venesecciones escapa de la muerte, con gran dificultad e innumerables sufrimientos, padece muy comúnmente meses enteros, arrastrándose antes de poder soportar con sus piernas el peso de su cuerpo enflaquecido, como ocurre con frecuencia debido a tamaño maltrato, y aún en muchos casos sucumbe a consecuencia de una fiebre tifoidea, tisis pulmonar o una leucoflegmasía.

Cualquiera que haya tomado el pulso tranquilo de un enfermo, una hora antes de que se presente el rigor que siempre precede a un ataque de pleuresía aguda, no puede refrenar su asombro cuando, dos horas después, una vez que ha comenzado el período febril, que la enorme pleuresía presente requiere con urgencia repetidas flebotomías y naturalmente se preguntará qué poder mágico pudo haber

conjurado dentro de los vasos sanguíneos, durante las dos últimas horas, a esas libras de sangre que ahora deben ser extraídas de un hombre a quien se le había sentido un pulso tranquilo hace dos horas. Y quizás, sin embargo, no haya en su circulación una gota más de la que había cuando estaba en perfecta salud.

Así es que el médico alópata con la práctica de sus venesecciones no extrae del enfermo, el cual está afectado de una fiebre aguda, ninguna superabundancia opresiva de sangre, puesto que este líquido jamás existe en exceso; tan sólo le sustrae algo que le es indispensable para vivir y para el restablecimiento de la salud: la cantidad de sangre y consiguientemente de fuerzas, pérdida enorme que ya no está en su poder para reponer. Sin embargo, él cree vanamente que ha obrado de acuerdo con su mal comprendido axioma, “*causam tolle*”; mientras que es imposible que la verdadera “*causa morbi*” de la afección es, en este caso una superabundancia de sangre que en realidad jamás existe; puesto que la única “*causa morbi*” ha sido una irritación inflamatoria mórbida y dinámica del sistema circulatorio, tal como puede probarse por la curación rápida y permanente de este caso y *cualquier otro caso semejante* de fiebre inflamatoria general por medio de una dosis -microdinamización- baja de zumo de *Acónito*, que elimina homeopáticamente dicha irritación.

La escuela alopática igualmente se equivoca en el tratamiento de las inflamaciones locales por medio de sangrías tópicas, sobre todo con aplicaciones copiosas de sanguijuelas según las recomendaciones maníacas de Broussais. La mejoría paliativa que se obtiene al principio de tal procedimiento está lejos de ser coronada por una curación rápida y perfecta; por el contrario, el estado débil y achacoso de las partes así tratadas -con frecuencia también de todo el cuerpo- y que siempre perdura, muestra suficientemente el error en el cual se ha incurrido atribuyendo tal inflamación local a una plétora también local, y cuán lamentables son las consecuencias de dichas sustracciones de sangre; más aún puesto que esta irritación inflamatoria aparentemente local y puramente dinámica, se puede eliminar de un modo rápido y permanente con una dosis -microdinamización- igualmente baja de *Acónito*, o de acuerdo a las circunstancias, con *Belladonna* y curar completamente ese estado mórbido sin recurrir a tan injustificable dilapidación de sangre que ninguna utilidad tiene. Est. Nt. 73 del *Org.*

[9] La vida se pone en peligro cuando se inyecta en una vena un poco de agua pura. Mullen, citado por Birch, en *History of the Royal Society*, Vol. IV-.

El aire atmosférico inyectado en las venas ocasiona la muerte. Véase. J. H. Voigt. *Magazin für den neuesten Zustand der Naturkunde*, T. III, pág. 25-.

Aún los fluidos más inocuos, introducidos en las venas ponen la vida en peligro. Véase Autenreith, *Physiologie*, II, N° 784.

[10] En Glasgow, a una niña de ocho años que había sido mordida por un perro rabioso, un cirujano inmediatamente escindió toda la zona mordida y, sin embargo, 36 días después se le declaró la hidrofobia que la mató en dos días. Est. DTM. 120. *Med Comment of Edimb*, Dic. 2, 1775. Vol. III.

[11] Con el fin de explicar la producción de la cantidad, a menudo muy considerable de materias fecales pútridas y de materias acres icorosas las cuales se observan en las perturbaciones, y poder presentarlas como la causa que produce y sostiene el estado mórbido, aunque en el momento de la infección nada de material o de miasma, haya podido penetrar en el cuerpo, se ha imaginado otra hipótesis que consiste en admitir que ciertos principios contagiosos aparentemente muy sutiles actúan en el cuerpo como un fermento, comunicando a los fluidos su mismo grado de corrupción y convirtiéndolos de este modo en un fermento morbífico similar que constantemente crece y mantiene la afección activa. Pero ¿por medio de que extracciones -tisanas- depurativas todopoderosas y atinadas podría alguien purgar y limpiar los fluidos humanos de este fermento en constante reproducción, de esta masa de materia morbífica imaginaria, para que no quede la menor partícula de ese fermento morbífico que, según dicha hipótesis, continuaría siempre y como al comienzo corrompiendo y transformando los fluidos en una nuevo principio morbífico? ¡Según esta escuela, evidentemente sería imposible curar las afecciones de la manera como ellos pretenden hacerlo! Perciba como todas las hipótesis, aún las más elaboradas con tanto ingenio, conducen generalmente a los absurdos más evidentes cuando no están asentadas en la verdad. La syphilis más arraigada, se puede curar una vez que se ha hecho desaparecer la psora -*tsorat*- con la cual está frecuentemente complicada, por medio de la

influencia potentizada de una o dos dosis -microdinamizaciones- de la trigésima disolución de *Mercurio* y la afección syphilitica general de los fluidos es destruida dinámicamente y queda eliminada para siempre. Est. **DTM**. Cap. VII.

[12] Si así es el caso, bastase en el coriza más inveterado, únicamente sonarse y limpiarse cuidadosamente la nariz, para que éste quede rápidamente curado.

[13] La expulsión de gusanos -vermes- por medio de purgantes en las perturbaciones denominadas vermiculares o verminosas tiene cierta aparente necesidad. Pero aún tal apariencia es falsa. En algunos niños a menudo se encuentran unas pocas lombrices y las ascárides u oxiuros se encuentran en muchos de ellos. Pero la presencia de estos parásitos depende de una afección general de la constitución -tsóratica- unida a una manera de vida insalubre. Mejoremos el régimen y curemos homeopáticamente la psora -*tsorat*-, la cual es siempre fácil a esa edad que en cualquier otra época de la vida y no quedará ni un gusano y los niños curados de este modo tendrán una salud completa. **IMP**. Est. *Org.* Nt. 164. Por el contrario, luego de emplear purgantes, aún mezclados con semillas de *Cina*, semen-contra, pronto reaparecen y en más cantidad.

Pero se dirá, y la tenia..., me parece oír exclamar a alguien, “no se debe ahorrar esfuerzos para expulsar del cuerpo a este monstruo creado para atormentar a la humanidad”.

Es cierto que algunas veces es expulsada ¡pero, a costa de cuántos sufrimientos posteriores y con qué peligro para la vida! ¡No quiero cargar sobre mi conciencia la muerte de tantos centenares de seres humanos víctimas de esos purgantes terriblemente violentos que se han dirigido contra la tenia, o a los muchos años de indisposición de aquéllos que escaparon con vida luego de ser purgados casi hasta la muerte! ¡Y cuán a menudo sucede que luego de este tratamiento purgante destruye la salud y la vida, con frecuencia continuando durante años, el animal no ha sido expulsado o, si lo fue, se reproduce nuevamente!

¿Qué sucedería si no hubiera la más mínima necesidad de recurrir a dichos esfuerzos peligrosos, violentos y crueles con el fin de expulsar y eliminar la lombriz?

Las diversas especies de lombriz o tenia únicamente aparecen simultáneamente con la infección tsóratica e invariablemente desaparecen cuando se cura la psora -*tsorat*-. Pero antes de cumplir esta curación y en tanto el enfermo goza de salud tolerable, la lombriz vive no precisamente en los intestinos sino en el residuo de los alimentos, en los excrementos intestinales, sumidos como en un mundo propio para ellas, muy quieta y sin ocasionar la menor molestia, encontrando en tales excrementos lo necesario para su nutrición: en esta etapa no toca las paredes del intestino y es totalmente inofensiva. Pero si el enfermo es afectado por una perturbación aguda de cualquier tipo entonces los contenidos intestinales se vuelven intolerables para el animal: este se retuerce y al ponerse en contacto con las sensitivas paredes intestinales las irrita ocasionando un tipo o una especie peculiar de cólico espasmódico, lo que aumenta materialmente los sufrimientos del enfermo. De manera similar el feto en el vientre de una madre enferma se agita, se vuelve en todas direcciones y da puntapiés, pero cuando ella está bien nada sosegadamente en su líquido adecuado sin ocasionar el menor sufrimiento.

Es digno señalar que los síntomas mórbidos observados en los enfermos que padecen de teniasis son por lo general de tal naturaleza que rápidamente pueden ser aliviados -homeopáticamente- por una toma mínima de tintura -raíz- de *belecho macho* y así la mala salud del enfermo es mejorada por un tiempo; la tenia vuelve a sentirse a gusto y quietamente se sustenta a expensas de los excrementos intestinales hasta que el tratamiento homeotsorático haya avanzado tanto que la lombriz, luego de la destrucción de la psora -*tsorat*-, encuentra que los contenidos intestinales no son más aptos para su sustento y desaparece espontáneamente y para siempre del enfermo, sin necesidad de ningún purgante.

[14] Deberían extinguir la perturbación rápidamente, sin agotar las fuerzas y sin dar tantos rodeos, por medio de agentes homeógenos dinámicos, los cuales actúan directamente sobre los puntos alterados del organismo, tal como lo hace la Homeopatía.

[15] ¡Como si algo inmaterial pudiera ser trasladado! De modo que aquí está presente la noción de una sustancia y de una materia morbífica, excesivamente sutil con respecto de cuanto se supuso que pudiera ser!

[16] Únicamente las afecciones -o miasmas- agudas y más breves son los que tienden, cuando ha terminado el período natural de su curso, a resolverse de un modo pacífico, como se dice comúnmente,

con o sin el empleo de medicamentos alopáticos no muy agresivos, o absteniéndose de todo medio semejante: la energía vital se reanima y sustituye gradualmente aquel deterioro por el estado normal de la salud. Sin embargo, en los miasmas agudos severos y en los miasmas crónicos que constituyen, la mayor parte de las dolencias humanas, a las cuales el hombre está sujeto, la naturaleza primaria **Natura medicatrix** y la escuela alopática son igualmente impotentes, pues ni la energía vital, con su facultad de asistirse a sí misma, ni la alopátia al tratar de imitarla, pueden efectuar una disolución sino, a lo sumo, alcanzar una tregua temporal durante la cual el enemigo se fortifica con el fin de reiniciar, tarde o temprano, el ataque con más violencia. Est. Org. Af. 55.

[17] Esta expresión es, una de aquellas que denota la suposición también de preferencia de una sustancia morbífica, que tenía que ser disuelta y expulsada.

[18] La escuela secular de medicina considera los esfuerzos hechos por la **Natura medicatrix** para aliviar al organismo enfermo al que no se hubiera dado medicamento alguno, fueron considerados como prototipos perfectos de tratamiento dignos de ser imitados. Los esfuerzos, penosos y muy imperfectos, de la energía vital para aliviarse -ella misma- durante los miasmas agudos, es un espectáculo que debe mover nuestra compasión y reclamar la ayuda de los poderes de la mente racional para poner fin a dicha tortura autoimpuesta por medio de un restablecimiento positivo. Si la **Natura** -o energía vital- es incapaz de curar homeopáticamente -curarse a sí misma- una afección ya existente en el organismo por medio de la producción de otra afección nueva *semejante* a ella Org. Af. 45-46, lo que raramente está en su poder Org. Af. 50 y si solo se deja al organismo la tarea de vencer, mediante sus propias fuerzas y sin la ayuda externa, a una perturbación recientemente contraída -tratándose de miasmas crónicos su poder de resistencia véase, es completamente ineficaz- entonces presenciará únicamente esfuerzos penosos de la naturaleza, frecuentemente de mucho riesgo, tratando de salvar al individuo a cualquier costa, lo que a menudo culmina en la extinción de la existencia terrena, en la muerte.

Tan poco como nosotros, los mortales, conocemos acerca de las operaciones que ocurren en el interior del organismo cuando está en buen estado de salud -operaciones que han de quedar ocultas ante nuestros ojos, las cuales son únicamente patentes a la mirada del **Creador** y **Protector** de sus criaturas, que todo lo ve- así, tan escasamente, podemos percibir las operaciones que tienen lugar en el interior durante las condiciones de perturbación de la vida, durante las afecciones. Las operaciones internas durante las afecciones únicamente se manifiestan por medio de cambios visibles, sufrimientos y síntomas por medio de las cuales, exclusivamente, la vida revela la perturbación interior Af. 6-7 y sig., de modo que en ningún caso podemos asegurarnos con respecto a cuál de los síntomas mórbidos ha sido causado por la acción primaria del agente morbífico, cuál por la reacción de la energía vital en procura de alivio. Los dos inevitablemente están mezclados ante nuestros ojos y sólo presentan una imagen que es un reflejo exterior de toda la afección interna, pues los esfuerzos infructuosos son, ellos mismos, sufrimientos de todo el organismo. En consecuencia, aún en esas evacuaciones denominadas “crisis”, que la naturaleza produce generalmente al término de las afecciones que tienen un curso rápido, existe frecuentemente más sufrimiento que un alivio eficaz. V. FH. Nt. 4.

Qué hace la energía vital en esas denominadas crisis y *cómo* lo hace, continúa siendo un misterio para nosotros, al igual que todas las operaciones internas de la economía vital orgánica. Est. FH. 32 y Nt. Sin embargo, esto es seguro: que en todos estos esfuerzos hay *más o menos partes afectadas, las que se encuentran sacrificadas o destruidas* con el fin de que el resto se puedan salvar. Estas operaciones de la energía vital, en ayuda de sí misma, destinadas a la eliminación de un miasma agudo, llevadas a cabo únicamente en obediencia a las leyes de la vida orgánica Est. Org. Nt. 146 y no guiadas por ninguna reflexión intelectual, son tan sólo acciones de una manera alopática: con el fin de aliviar al órgano afectado en primer lugar por una crisis que excita una actividad incrementada y a menudo violenta en los órganos de excreción, a fin de trasladar la perturbación desde el primero a los segundos; así resultan los vómitos, purgas, diuresis, diaforesis, abscesos, etc., con la finalidad que por tal irritabilidad de partes diferentes se efectúa una suerte de derivación con respeto a las partes afectadas en primer lugar y el poder nervioso, dinámicamente afectado, trata en cierto modo de descargarse de productos materiales.

La Natura medicatrix del hombre abandonada así misma, no puede evadirse de los miasmas agudos sino por la destrucción y el sacrificio de una parte del organismo, y si a esto no sigue la muerte, la armonía de la vida y de la salud únicamente se puede restablecer de un modo lento e imperfecto.

La gran debilidad de las partes que han estado expuestas a la afección, y aún la de todo el cuerpo, su emaciación, etc., padecen después de una curación espontánea, son pruebas convincentes de lo que se acaba de exponer.

En una palabra, toda las operaciones del poder del organismo, que por si sólo trata de desembarazarse cuando es atacado por los miasmas, únicamente exhibe ante el observador un grupo de sufrimientos, y nada le muestra que pueda o que deba imitar, si desea curar realmente el miasma de acuerdo a un *téckne* de curar verdadero.

[19] La experiencia diaria prueba los tristes efectos de este procedimiento en los miasmas crónicos. *Se ha logrado cualquier cosa menos un restablecimiento.* ¿Quién podría denominar victoria a la acción que, en lugar de atacar al enemigo frontalmente con armas iguales y mediante su destrucción poner fin de una vez por todas a sus hostiles asaltos, cobardemente y por la espalda embargarle todo, cortar sus provisiones y quemar todo a su alrededor? Procediendo así lo priváramos a la larga del coraje para resistir, pero nuestro objeto no habría sido logrado; el enemigo estaría muy lejos de haber sido vencido, todavía estaría allí y cuando nuevamente se procurara provisiones y abastecimiento levantará su cabeza una vez más, y mucho más exasperado que antes; el enemigo, estaría lejos de ser vencido pero el pobre e inocente país puede quedar arruinado tan completamente que se requiere mucho tiempo antes de que pueda recuperarse. De modo parecido actúa la alopatía en las afecciones crónicas cuando, por ataques indirectos a partes inocentes y distantes -susceptibles- del asiento de la afección, en lugar de efectuar una curación destruye el organismo. Tal es el resultado de sus dañinas operaciones, de los cuales no puede vanagloriarse. Est. *Org. Af.* 54-55.

[20] ¿Cuáles son los resultados favorables que han seguido a esas úlceras fétidas medicamentosas tan corrientemente empleadas, denominadas exutorios? Si durante los primeros siete o quince días, mientras no causan tantos dolores, por su antagonismo, aparentan disminuir ligeramente la afección crónica, pero, más tarde -paulatinamente- cuando el cuerpo se ha acostumbrado al dolor, causan otro efecto que debilitan al enfermo y abren así un campo más extenso para la afección crónica. ¿Es posible que en pleno siglo XIX -y sobre todo en el siglo actual- haya médicos que consideren estos exutorios o cauterios como un medio para que escape la pretendida “materia pecans?” ¡Uno se ve inclinado que tal es el caso!

[21] Tampoco lo han conseguido las evacuaciones producidas por el arte, es decir, producidas de manera medicamentosa.

[22] Estas son las consecuencias naturales de la supresión de los síntomas locales, efectos que el médico alópata considera frecuentemente como nuevas afecciones de índole totalmente diferente. Est. *FH. Lec.* XII; *DTM.* Cap. II y **Supresión.**

[23] Sin embargo en oposición directa, no pocas veces, la escuela alopática sigue una marcha inversa: es decir, cuando los esfuerzos de la energía vital, la cual procura alivio de la afección interna, por medio de las evacuaciones o por la producción de síntomas locales en el exterior del cuerpo que molestan notablemente al enfermo, caprichosamente los suprime administrando todo el arsenal de sus *repercutivos* y repelentes; combate también los dolores crónicos, el insomnio y la diarrea inveterada con macrodosis de opio llevadas a extremos peligrosos; el vómito por medio de bebidas salinas efervescentes; la transpiración fétida de los pies con pediluvios fríos y fomentos astringentes; los exantemas con preparaciones de plomo y cinc; interrumpen las hemorragias uterinas con inyecciones de vinagre; la transpiración excesiva con el suero aluminoso, basado en alumbre; las poluciones nocturnas con el uso indiscriminado de alcanfor; los accesos de calor en el cuerpo y en la cara con el nitrato de potasa, los vegetales ácidos y el ácido sulfúrico; en las epistaxis taponan las narices con Torundas embebidas de alcohol o de líquidos lechinos de lino, astringentes; las úlceras supurantes de las piernas, abiertas por el poder vital para aliviar el gran sufrimiento interno Est. *DTM.* 36, 43 y Nt, con los óxidos de cinc y de plomo, etc. Pero millares de experiencias -hechos- atestiguan los deplorables resultados de semejante práctica.

El alópata, se jacta con discursos y mediante escritos de ejercer una medicina racional y de investigar la causa de la afección a fin de efectuar curaciones radicales, pero he aquí que su procedimiento está exclusivamente dirigido, en estos casos, y en la mayoría, contra un sólo síntoma y siempre por consecuencia perjudicial para el enfermo. Est. Org. Nt. 4.

[24] Propiamente hablando, es enantiopático, el cual refiero en el texto del *Organon. Af.* 59-60 y Nts.

[25] El farmacéutico de Jever, tenía una pila voltaica, y a quienes padecían de sordera indurada parcial fueron objeto de shocks moderados, experimentaban una mejoría de unas pocas horas, pero muy pronto cesaba el efecto de tales shocks. Con el fin de obtener el mismo resultado era preciso hacerlos más fuertes, pero estos últimos ya no provocaban ningún efecto; hasta que los shocks más fuertes tenían aún al principio la facultad de volver la audición a los enfermos por algunas horas, luego acababan por dejarlos sordos completamente. Est. Org. Af. 286.

[26] Y sin embargo uno de los jefes de la vieja escuela, Hufeland, ensalza con mucha satisfacción el empleo de la “digital” para cumplir tal indicación, con estas palabras: “Nadie puede negar, la experiencia siempre lo hace, que la energía excesiva de la circulación se puede apaciguar por la digital”. ¿Permanentemente disipada? y ¿por un medicamento enantiopático heroico? ¡Pobre Hufeland! - V. *Homöopathie*, pág. 23-.

[27] Es en vano que Hufeland en su folleto “*Die Homöopathie*”, pág. 20, quiere vindicar a su antigua escuela diciendo que se dedica a esta investigación. Pero como es sabido, antes de la publicación de mi libro *Doctrina y tratamiento de los miasmas crónicos*, la alopatía, ha ignorado durante más de 2.700 años la verdadera fuente acerca de los miasmas crónicos, la psora -*tsorat*-, pues de lo contrario no había atribuido un falso origen, la “génesis” a tales perturbaciones.

[28] Véase en los *Prolegómenos* de mi *Tratado de materia médica pura*, edición inglesa, el capítulo que trata de la *Fuentes de la materia médica ordinaria*.

Esto lo encuentra en el *Códice de la Homeología*, bajo el título: *Patogenia dinámica pura*. Cap. I. **Nota del presentador de este artículo.**

[29] Lo absurdo de las mezclas medicinales ha sido percibido hasta por los hombres apegados a la escuela alopatía, pese a lo cual continúan todavía con tan deplorable plan, contrario a sus propias convicciones. Así Marcos Herz revela con las siguientes palabras las punzadas de su conciencia: “Cuando se trata de cesar un estado inflamatorio no empleamos nitrato de potasio ni cloruro de amonio ni ácidos vegetales sino que ordinariamente mezclamos muchos antiflogísticos, o en otros casos iguales los alternamos unos con otros en rápida sucesión. Si se trata de combatir la putrefacción, no nos conformamos con lograr nuestro objetivo mediante la administración de grandes dosis de una de las medicinas antisépticas conocidas, tales como la corteza de quina, los ácidos minerales, el árnica, la serpentaria, etc., aislados; preferimos asociar varias de ellas y confiar en su continuidad de acción; o bien, a causa de nuestra incertidumbre con respecto a cuál acción es la más adecuada para el caso en cuestión, mezclamos grandes cantidades de diferentes sustancias y dejamos librado al azar el que logre producir la finalidad que hubiéramos tenido en vista dando sólo una de ellas. De esta forma, rara vez excitamos la transpiración, purificamos la sangre (?), Superamos las obstrucciones (?), Promovemos la expectoración o bien evacuamos las “*primae viae*” con la ayuda de un sólo medicamento; nuestras prescripciones con vista a estos objetivos son siempre compuestas, casi nunca únicas y puras, *por consiguiente, son nulas nuestras observaciones con respecto a la acción de cada sustancia individual contenida en ellas*. Para asegurarnos hemos instituido verdaderamente ciertos grados de jerarquía entre los medicamentos incluidos en nuestras fórmulas: al que particularmente encomendamos la acción le conferimos el título de *base*, a los restantes los denominamos *asistentes*, *coadyuvantes*, *correctivos*, etc. Pero esta clasificación es, evidentemente, arbitraria casi en su totalidad. Los coadyuvantes contribuyen también al efecto total como la base principal aún cuando, por falta de Standard de medición, seamos incapaces de determinar el grado de participación de cada uno de ellas en el resultado. De igual manera la influencia de los *correctivos* sobre los poderes de los otros ingredientes no puede ser indiferente: deben incrementarlos o disminuirlos o imprimirles una dirección totalmente diferente y de aquí que nosotros debamos considerar al cambio saludable (?) que por medio de tales prescripciones efectuamos, como resultado colectivo de todos los ingredientes y *de su acción jamás podamos obtener una experiencia pura sobre la eficacia individual de algún ingrediente aislado de los que está compuesta. En realidad, nuestro conocimiento de cuanto es esencial*

saber sobre nuestros medicamentos, sobre las relaciones cien veces múltiples entre cada una de ellas y los demás cuando se los incluye combinados es hasta tal punto indigno y de mínima confianza que no nos capacita para anticipar, con certeza, el grado y la duración de la acción de una sustancia así sea sin importancia aparente, cuando ha sido introducida en el cuerpo humano mezclada con otras sustancias”. En *Huffeland's Journal*, II, pág. 53. Est. Org. Af. 273-279.

—* Este subtítulo como los ya referidos **A) B) C) y D)** no figura en la Introducción del *Organon*, pero se destacan aquí por las considerables referencias, sobre todo de curaciones homeopáticas debidas al Similia Similibus. Algunos traductores del *Organon*, omiten este subtítulo, y el autor de esta *Antología de la Homeopatía* no entiende por qué lo suprimen, pues, Hahnemann expone en él una de las partes más importante de la Doctrina homeopática. V. Apéndice.

^[30] Porque la verdad es eterna e inseparable de la benevolente Deidad. Los hombres pueden desconocerla durante mucho tiempo, pero siempre llega el momento en que efectuándose los decretos dispuestos por la Providencia, sus rayos penetran la nube de las preocupaciones y esparcen sobre la especie humana una claridad inextinguible en beneficio de la humanidad.

^[31] Así, por ejemplo, suponen que pueden expulsar por la piel la materia transpirable que según ellos está detenida debido a un enfriamiento, y durante la etapa de frialdad de la fiebre catarral, dan a beber al enfermo una infusión de flores de saúco; ésta tiene la facultad de hacer cesar esa fiebre y de restablecer al enfermo, pero esto sucede a causa de su peculiar similitud de acción homeopática, lo cual se puede lograr con mayor prontitud y eficacia y sin producir la transpiración tan sólo dando a beber una pequeña cantidad de esta infusión y nada más.

Para las hinchazones agudas, duras, en las que la violencia excesiva de la inflamación impide la supuración y causa dolores intolerables, ellos las cubren muchas veces con cataplasmas muy calientes a las que renuevan con frecuencia: la inflamación y los dolores disminuyen rápidamente en tanto el absceso se forma enseguida, lo que se advierte por la elevación brillante amarillenta y por un ablandamiento perceptible. En este caso suponen que la dureza ha sido ablandada por la humedad del cataplasma, pero únicamente han destruido homeopáticamente el exceso de inflamación por el calor más fuerte del cataplasma Af. 26, facilitando de este modo la pronta manifestación de la supuración.

¿Por qué emplean con éxito, en algunas oftalmías, el unguento de San Ives, cuyo principal ingrediente es el óxido rojo de mercurio capaz de producir por sí mismo, una inflamación ocular? ¿Es difícil percibir que ellos actúan aquí homeopáticamente?

¿Cómo es posible que un poco de jugo de perejil produzca alivio tan evidente en esos casos, los cuales no son raros, en que los niños pequeños hacen esfuerzos infructuosos y hasta ansiosos para orinar y en los casos de gonorrea ordinaria, la que se conoce por los intentos frecuentes, dolorosos y poco eficaces para orinar Est. FH. Lec. XX, si el jugo de esta planta no tuviera la facultad de provocar, en personas sanas la misma urgencia para orinar también dolorosa y casi infructuosa? Por consiguiente, se cura homeopáticamente.

Con la raíz de pimpinela, la cual produce gran secreción de mucosidades en los bronquios y en la laringe, ellos combaten exitosamente la denominada angina mucosa con las hojas de la sabina, que tiene la facultad de producir metrorragia, alivian algunos tipos de ella, sin que por esto hayan podido percibir la ley homeopática de curación.

En los casos de constipación por hernia estrangulada y en el íleon, muchos médicos han encontrado que el opio es un remedio eficaz y excelente, sin tener la más remota idea de la ley terapéutica homeopática ejemplificada no sólo es dichos casos, sino en muchísimos más. Est. Org. Af. 51 y N. 146.

También curan las úlceras no venéreas de la garganta con pequeñas dosis de mercurio, el cual es homeopático con respecto a tales estados;

Logran cesar algunas diarreas con dosis pequeñas del purgativo ruibarbo;

Curan la rabia con la belladonna, la cual ocasiona una especie semejante de hidrofobia y,

Hacen cesar, como por en canto, el coma tan peligroso en las fiebres agudas, por medio de una pequeña dosis de opio, sustancia dotada de virtudes estimulantes y estupefacientes. Y sin embargo, después de muchos ejemplos tan claros y evidentes, se ven todavía médicos que hostigan con furia a la Homeopatía -Homeología-, sólo demuestran con eso, una conciencia atormentada de remordimientos y un corazón incapaz de mejorar.

[32] Sobre tales ejemplos basa el señor M. Lux su modo de curar por medio de *idénticos* o *iguales*, **per idem, aequalia aequalibus**, al cual denomina *Isopatía véase* y que algunas personas con mentalidad excéntrica ya han adoptado como si fuera el “*nom plus ultra*” del arte de curar, sin saber cómo aplicarlo.

Pero si examinamos atentamente dichos ejemplos encontramos que no justifican esas expectativas.

Las fuerzas puramente físicas son de una naturaleza diferente, tanto en su modo de actuar sobre el organismo, como de aquellas de índole dinámica medicinal. V. **Energía y Farmacodinamia**.

El calor o el frío que nos rodea o del agua, o de nuestros alimentos o bebidas, no ocasionan *por sí mismos, en lo que concierne a su calor o a su frío*, ningún daño a un cuerpo sano; el calor y el frío en sus alteraciones, son esenciales para el mantenimiento de una vida sana y por consiguiente no son remedios en sí mismos. El calor y el frío, en consecuencia, actúan como agentes curativos en las perturbaciones corporales, no en virtud de su naturaleza esencial, no, por consiguiente, como calor y frío “*per se*”, no como algo nocivo en sí mismo, como son las drogas, el ruibarbo, la quina, aún en las dosis más pequeñas, sino sólo en virtud de una *intensidad* mayor o menor, o sea de los grados de temperatura, exactamente como, escogiendo un ejemplo tomado de los poderes físicos exclusivamente, una gran masa de plomo magullaría dolorosamente mi mano, no en virtud de su naturaleza esencial, como plomo, puesto que una lámina delgada de plomo no la magullaría, sino a consecuencia de su cantidad y de su peso masivo.

Luego, si el calor o el frío pueden ser útiles en dolencias corporales como congelaciones o quemaduras, únicamente lo son debido a su grado de temperatura, tal como se infligen perjuicios a un cuerpo saludable a causa de los grados extremos de las temperaturas.

Así pues, encontramos en estos ejemplos de práctica doméstica exitosa, que no es la prolongada aplicación del mismo grado de frío en la extremidad congelada lo que la restablece isopáticamente, si así fuera quedaría totalmente inactiva y muerta, sino un grado de frío que tan sólo se aproxime a aquél -homeopatía- y que se eleve gradualmente hasta alcanzar una temperatura confortable, así como las coles ácidas congeladas aplicadas sobre la mano congelada pronto se funden a la temperatura de la habitación, templándose gradualmente a partir de los 32° o 33° F -0° o 0,6° C- hasta alcanzar la temperatura de la habitación admitiendo que sea de sólo 55° F -12,7° C- y así la extremidad es restablecida por homeopatía física. Del mismo modo una mano escaldada por agua hirviendo no habrá de ser curada isopáticamente mediante la aplicación de agua hirviendo, sino por una temperatura algo menor, como sería mantenerla en un recipiente que contuviera un líquido calentado a 160° F -71° C- y que a cada instante disminuyera su calor hasta alcanzar finalmente la temperatura de la habitación, mediante lo cual por homeopatía, sanaría la zona escaldada. Est.PDP. Nt. 39. El agua en el punto de congelación no puede extraer el congelamiento isopáticamente de patatas y manzanas, pero esto sólo puede hacerlo el agua cerca del punto de congelación.

Para dar otro ejemplo de acción física, el daño provocado por un golpe dado en la frente por algo duro -un guijarro- pronto disminuye el dolor e hinchazón presionando la zona durante un cierto tiempo con la yema del pulgar, con fuerza al principio y con menor fuerza gradualmente, de manera homeopática, pero no por un golpe igualmente fuerte dado con un cuerpo igualmente duro, lo que incrementaría isopáticamente el daño.

Los ejemplos de curación por medio de la Isopatía y dados en el libro a la que se ha aludido: contracciones musculares en seres humanos y parálisis espinal en un perro, que fue ocasionado por un enfriamiento y rápidamente curados por un baño frío, han sido explicados falsamente por Isopatía. Lo que se denomina sufrimientos debidos a un enfriamiento tienen con el frío una conexión sólo nominal pues a menudo se presentan, en el cuerpo de quien a ellos está predispuesto, hasta con un soplo de viento que no haya sido frío. Más aún, los múltiples efectos de un baño frío sobre el organismo vivo, tanto en salud como en afección, no pueden ser reducidos a una fórmula tan simple como para respaldar la construcción de un sistema con tales pretensiones. Que las mordeduras de serpientes, como en él se afirma, habrán de ser curadas con certeza aplicando trozos de serpientes, debe continuar como fábula de tiempos pretéritos hasta que sea autenticada por medio de observaciones y experimentos indiscutibles, lo que probablemente jamás ocurrirá. Finalmente, que la saliva de un perro rabioso dada a un enfermo afectado de hidrofobia -en Rusia- *se dice* que lo curó -eso “*se dice*” no habrá de inducir a ningún médico consciente a repetir tan azaroso experimento ni a construir un sistema titulado

isopático, de tanto riesgo y tan falta de pruebas en su aplicación extensiva, como lo han hecho -no el modesto autor del panfleto titulado: *La Isopatía de los contagios*, Leipzig: Kollman, sino- sus excéntricos adherentes en especial el doctor Gross véase: *Alg. Hom. Ztg.* II, pág. 72- sea la única regla terapéutica adecuada y no percibe en el *similia similibus* más que un sustituto sin relevancia de aquella; excesiva ingratitud, puesto que él está, por su fama y su fortuna, al *similia similibus*. Est. Org. Af. 50 y DTM. 399-400.

[33] Del mismo modo Fernelius, *Therap.*, Lib. VI, cap. 20, considera que el mejor remedio para una zona quemada es aproximarla al fuego, con lo cual desaparece el dolor.

John Hunter. *On the Blood, Inflammation*, pág. 218- menciona el gran daño que resulta de tratar las quemaduras con agua fría y se pronuncia decididamente por aproximarlas al fuego, guiado en esto no por una reacción contra las doctrinas médicas tradicionales que, contraria contrariis, prescriben aplicaciones frías para la inflamación, sino por la experiencia que enseña que la aplicación de un calor semejante, *similia similibus*, es más saludable. Est. Org. Af. 62-66.

[34] Sydenham, *Opera*, pág. 271; edic. Syd. Soc. pág. 60- dice que el espíritu de vino aplicado repetidamente en las quemaduras es preferible y más conveniente a todos los demás remedios. También Benjamín Bell, *System of Surgery*. 3ª Ed. 1789- reconoce que la experiencia enseña que los únicos remedios eficaces son los homeopáticos y afirma: “Una de las mejores aplicaciones para cualquier quemadura de este tipo es el aguardiente fuerte o cualquier otro espíritu ardiente, alcohol: aparentemente induce un momentáneo aumento del dolor Est. Org. Af. 157 pero éste pronto cede y es reemplazado por una agradable sensación de calma. Es más efectivo aún cuando la parte puede mantenerse inmersa en él, pero cuando esto no pueda hacerse, se debe mantenerla constantemente humedecida por medio de compresas empapadas”. *A esto puedo agregar que el alcohol caliente, aún muy caliente, es eficaz, alivia con mucha más rapidez y con mucha más certeza, pues es mucho más homeopático que el alcohol frío.* Esto lo demuestra a cada paso la experiencia.

[35] Edward Kentish, quien atendía a los trabajadores de las mimas de piedra, con frecuencia horriblemente quemados por explosiones de gases inflamables, grisú, aplicaba esencia de trementina o alcohol calientes como los mejores remedios en casos de quemaduras muy extensas y graves. *Second Essay on Burns*, London. 1798. Ningún tratamiento puede ser más homeopático que éste y ninguno más eficaz.

Heister, *Institut. Chirurg.* T. I, pág. 33, cirujano hábil, hombre experimentado y de buena fe, confirma esto de acuerdo a sus propias observaciones y recomienda las aplicaciones de esencia de trementina, de alcohol y de cataplasmas tan calientes como el enfermo pueda soportarlas.

Pero la asombrosa superioridad de la aplicación de estos remedios a las quemaduras, los cuales tienen la facultad de excitar la sensación de quemadura y calor, y por consiguiente son homeopáticos, sobre los remedios refrigerantes y frigoríficos paliativos, queda absolutamente demostrado por la *experimentación pura*, en la que se emplean dos métodos opuestos de tratamiento con el propósito de compararlos, en las quemaduras de igual grado y en el mismo cuerpo. Est. Org. Af. 62-66.

Así Benjamín Bell -*Kiinn's Phys. Med. Journal*. Leipzig. 1801, junio, pág. 428- en el caso de una señora que se había quemado ambos brazos con caldo, determinó que un brazo fuera cubierto con aceite de trementina e hizo sumergir el otro en agua fría. Transcurrida media hora el primer brazo estaba bien, pero el otro continuó doliendo durante seis horas más, cuando fue retirado del agua por un instante ella experimentó un dolor mucho más intenso y la curación de este brazo requirió mucho más tiempo.

John Anderson *Kentisch, op. Cit*, pág. 43, curó de modo similar a una señora que se había quemado la cara y los brazos con manteca hirviente: “El rostro estaba muy rojo y dolorido en extremo y a los pocos minutos del accidente fue cubierto con *aceite de trementina*; en cuanto a su brazo, la enferma ya lo había sumergido en agua fría, y manifestó el deseo de esperar el resultado de este tratamiento. Al cabo de siete horas su rostro estaba mucho mejor y se había aliviado el calor. Ella renovaba frecuentemente el agua fría para su brazo, pero en cuanto lo retiraba se quejaba de mucho dolor y por cierto que la inflamación en él había aumentado. A la mañana siguiente encontré que durante la noche había tenido mucho dolor en el brazo: la inflamación se había extendido por arriba del codo, habían aparecido algunas ampollas y se habían formado gruesas escaras sobre el brazo y la mano; entonces se le aplicó una cataplasma caliente. El rostro estaba ya completamente libre de dolor; pero fue necesario emplear emolientes durante dos semanas para conseguir la curación del brazo.

¿Quién puede dejar de percibir en este ejemplo, y muchos más, la superioridad infinita del tratamiento por medio de remedios de acción semejante, homeopática, *similia similibus*, es decir, de agentes que tienen la facultad de producir efectos semejantes a los del mismo mal, sobre el desdichado método alopático, procedimiento por medio de los opuestos, *contraria contrariis*, que prescribe la escuela antigua de medicina?

[36] John Hunter, Op. Cit, no es el único en afirmar que se hace un gran daño cuando se tratan las quemaduras con agua fría.

Fabricio de Hilden, *De Combustionibus libellus*. Basilea. 1607, cap. 5 pág. 11- Asegura también que la aplicación de fomentos fríos sobre las quemaduras son muy peligrosos y producen las más serias consecuencias, efectos muy desagradables, como: la inflamación, supuración y hasta la gangrena.

[37] Zimmerman, *Ueber die Erfahrung*, II pág. 318, enseña que los habitantes de países cálidos actúan del mismo modo, obteniendo por eso los mejores resultados y que, luego de haber soportado mucho calor, ingieren pequeñas cantidades de algún licor espirituoso.

[38] Al citar los pasajes siguientes, provenientes de escritores que han tenido el presentimiento de la Homeopatía -Homeología-, no es mi intención probar la excelencia de esta doctrina, puesto que está firmemente establecida por sus propios méritos intrínsecos, sino con el propósito de no dar lugar a la imputación de haber eliminado estos vislumbres con la finalidad de reclamar exclusivamente para mí la prioridad de esta idea. V. *Biografía y Cronología de Hahnemann* N° 65.

[39] Basil. Froben, 1538, pág. 72.

[40] *Mémoires de l'Académie Royale*, 1710.

[41] *Eph. Nat. Cur.* s. X, obs. 76.

[42] *Medicinishe. Electicitat.* II, pág. 15 y 282.

[43] *Mémoire lu a l'Académie de Caen*.

[44] *Libell de Stramon*, pág. 8.

[45] En J. Hammeli, *Comentario de Artrítide tan tartarea, quan scorbutica, seu podagra et scorbuto*. Comentarios acerca de la gota artética, tan atormentadora, cuando lo es la escorbútica, es decir, podagra y escorbuto, Budinge, 1738, VIII, pág. 40-42.

___* El compilador considero necesario, incluir esta segunda serie de curaciones debidas a la Ley de los Semejantes, las cuales figuran en la cuarta y quinta edición del *Organon*, hacen no sólo parte integrante de la Homeopatía, sino también se han constituido en testimonios indiscutibles para muchos médicos alternativos, quienes se convierten a ella asegurando que: “la Homeopatía difiere íntegramente de la práctica alopática, inclusive con todos sus métodos alternativos, los cuales son falsos y no hacen más que agravar al enfermo con toda clase de medicamentos paliativos, supresivos y teratogénicos repetidos sin cesar y administrados a macrodosis”.

Hahnemann cita a lo largo del *Organon de la Medicina*, a más de 450 médicos, quienes lograron, inconscientemente curaciones prontas, suaves y duraderas debidas a esta indiscutible *ley natural y eterna de curación*. Dicha nómina de autores se destaca en orden alfabético en el **IAGOM**.

[46] Si en los casos que refiero, las dosis -microdinamizaciones- de los remedios han sido superiores a las que prescribe la Homeopatía -Homeología-, es natural que de esto se sigue el peligro, que en general ocasionan las altas dosis -microdinamizaciones- de remedios homeopáticos. Sin embargo, en diversas circunstancias, que no siempre es fácil descubrir, corrientemente se observa, que dosis -microdinamizaciones- muy considerables restablecen la salud sin causar perjuicio notable, esto sucede porque la sustancia medicinal ha perdido su energía o porque sobrevienen evacuaciones abundantes, teniendo por resultado destruir la mayor parte del efecto del remedio, o en fin, porque el organismo ha recibido al mismo tiempo otros remedios capaces de neutralizar el poder de las dosis -microdinamizaciones- por su acción homeodotaria.

[47] Al principio del libro.

[48] P. Forrest. XVIII, *obs*, 44. Ledel. *Mis: nat, cur, dec.* III, *ann.* 1, *obs.* 65.

Reimann. *Brest. Samm*, 1724, pág. 535. En este ejemplo como en todos los demás, no he querido citar mis propias observaciones, ni las de mis discípulos, acerca de las propiedades especiales de cada medicamento, sino solamente las de médicos de tiempos pasados. Mi objetivo ha sido demostrar, que la Homeopatía pudo haberse descubierto antes.

[49] *De febribus*, IV, cap. 15.

- [50] HUFFELAND'S *Journal fuer, praktische Heilkunde*, X, IV, pág. 127.
- [51] *Tractatus de peste*. Amsterdam. 1665, pág. 273
- [52] *Beschreibung aller Notiones desrussischen Reichen*, pág. 78, 267, 281, 321, 329, 352.
- [53] *Dis, de virt, agar, musc*. Iena. 1718, pág. 13
- [54] *Chyen. Vers, und. Erfabrugen*. Laipzik, 1754; obs. 5, pág. 324. Gruner. De viribus, agar musc. Iena. 1778, pág. 13.
- [55] *Appar, medic*. 1, pág. 429-430.
- [56] *Mis, nat, cur*. Dec. II, ann. 8, obs. 169.
- [57] *Obsrvat, et curationes*, lib. 217.
- [58] *De medicam, officinal*. Leyd. 1738.
- [59] *Cynosura, mat med*, cont, pág. 552.
- [60] GIRARDI. *De Uva ursi*. Pad. 1764.
- [61] *Nossolog*. 111, pág. 200.
- [62] *Lib, de colchico*. Viena. 1763 pág. 12.
- [63] *Journal de Medicine*, XXII.
- [64] A. E. Buechener. *Miscell, phis med, mathem, ann*. 1728, Julio, pág. 1212-1213. Erfurt, 1732.
- [65] *Ibid*, cas. 11, 13. Cont, cas, 4, 9.
- [66] *Ibid*, loc, cit.
- [67] *Miscell, nat, cur, cap. dec, II a 7*, obs. 112.
- [68] *Opiolg*, lib. 1, pág. 1, n, pág. 38
- [69] *De medicin, officin*, lib. I.
- [70] *Diss, de manna*, pág. 16.
- [71] MURRAY, loc, cit, n. pág. 507.
- [72] *Ephem, nat, cur*, cent. 10, obs. 76.
- [73] *Lib, de flamm*. Jovis. Viena. 1769, cap. 2.
- [74] *Ibid*, cap. 9.
- [75] *Ibid*, cap. 13.
- [76] *Ibid*, cap. 33.
- [77] *Appar, medic*, II, pág. 221.
- [78] *Stirp. Adversar*, pág. 219.
- [79] *Domest. Brun*. 136.
- [80] *Mis, nat, cur*, dec. II; ann. 2, obs. 120.
- [81] *Materia Médica*, t, II, pág. 233.
- [82] ADAMT, *Vita medic*, pág. 72.
- [83] *Mis, nat, curios*, dec. II, ann. 2, obs. 140
- [84] *Uber den Werth der homeop*. Heilberf, pág. 73.
- [85] *Obs, de nonnullis plantis que pro venenatis habentur*. Pise. 1767.
- [86] DUFRESNOY. *Uber des wurzeluden. Sumach*, pág. 206.
- [87] *Acta Inst. Bonon*, se art, III, pág. 165.
- [88] *Es Med. Analem*. 1811, julio.
- [89] *En Samm, l, aus. Abb, f, pr, Artzte*, XVIII, 1.
- [90] HUFFELAND'S *Journal der prak. Heilk*. V, pág. 3.
- [91] CARRERE y STARCKE. *Abhandl, weberdie Eigenschaft des Nachtschattens oder Bottersnesse*. Iena. 1786, pág. 20-23.
- [92] *Ibid*.
- [93] Carrere, *ibid*.
- [94] *Annalen des klinischen Institut*, m, pág. 65.
- [95] *Ratio medendi*, t, IV, pág. 228.
- [96] *Ibid*, pág. 92.
- [97] RAZOUZ, *tablas nosológicas*, pág. 275.
- [98] *Traité des dartres*. París 1782, pág. 184, 192.
- [99] *Ibis*, pág. 96.

- [100] *Ibid*, pág. 149.
- [101] *Ibid*, pág. 164.
- [102] *Commerc, liter. Noric.* 1731, pág. 372.
- [103] *Versuche un Bemerk, der Edimburgo. Gesellschaft. Akenbourg.* 1762.
- [104] *Consult, medicibi*, t. III. Nápoles. 1738.
- [105] *Historia plantarum*, P, 1, pág. 207.
- [106] *Opera*, pág. 496.
- [107] HALLER, *Materia Médica*, pág. 349.
- [108] VICAT. *Plantes veneneuses*, pág. 125.
- [109] *Ratio medendi*. P. I, pág. 13.
- [110] *Geschichte der Krankb, in Neapel*, t. I, pág. 175.
- [111] *Obs, on the disease of the army*, ed. 7, pág. 143.
- [112] *Obs clinicas*. Lubeck. 1737.
- [113] C. Cruger. *Mis, nat, cur, dec.* III, ann. 2 Obs. 88. Kaau-Boerhaave, *impetum faciens*. Leyden. VI., pág. 48.
- [114] *Veckoskeijft for loekare*, VI, pág. 48.
- [115] *Diss, de stramonii usu in malis convulsis*. Upsala. 1773.
- [116] *Diss, de stramonii usu*. Upsala. 1773.
- [117] *Diss, morborum casus, spec*, I. Upsala. 1785.
- [118] *Obs, und medisin. Vorfaelle*. Laipzik. 1781, pág. 178.
- [119] SCHENCK, 1, *obs*. 139.
- [120] *Medical Trans*, I, n. 7, pág. 39.
- [121] *Diss, de ipeca, rafracta dosi usu*, p. 34
- [122] *Praxis méd*, pág. 346.
- [123] *Proelecciones*, pág. 221.
- [124] *Journal de médecine*, t. 62, pág. 137.
- [125] *Act, reg, soc, med. Hafn*. II, pág. 163. III, pág. 361.
- [126] *Med prac. Bibl*, pág. 237.
- [127] *Traite de Matren Medicale*, II, pág. 157.
- [128] *Med, commet, of. Edimb.* IV, pág. 74.
- [129] *Cynosura mat, med.* II, pág. 231.
- [130] *Hist, simplic, reform*, pág. 231.
- [131] *Act. Berol*, dec. 11, vol 10, pág.
- [132] *Materia médica*, pág. 150.
- [133] *Philos, trans*, vol XXI. N° 250.
- [134] *Miscell, nat, cur*, dec. III, ann. 9-10.
- [135] *Praxeos in morbis internis syntogma alterum*. Viena. 1697, pág. 136.
- [136] *Beobachtungen bey angeidendeter Belladone beyden Mebschen*. Stendal. 1789.
- [137] *Heilsame Wirkungen der Belladone in ausgebrochener Wuth*. Erfurt. 1785.
- [138] J. H. MUNCH'S *Beobachtungen*, t. 1, pág. 74.
- [139] Si con frecuencia ha sucedido que la belladonna no haya tenido buen éxito en la rabia declarada, no se debe olvidar, que sólo puede curar aquí, por la facultad que tiene de producir síntomas semejantes a los de la afección, por consiguiente sólo debería emplearse con muy cortas dosis - microdinamizaciones-, como se deben emplear todos los remedios homeopáticos, lo cual está demostrado claramente en el *Organon*. Est. *Afs.* 246-248. Pero las más de las veces se ha administrado a macrodosis, de manera que los enfermos morían inevitablemente, no de la afección misma, sino del medicamento, el cual se repetía a crecientes macrodosis. Sin embargo, puede muy bien suceder, que exista una especie de hidrofobia y de rabia en muy alto grado, y por consiguiente, según la diversidad de síntomas, el remedio homeopático más conveniente sea unas veces el *beleño* y otras el *stramoni*.
- [140] HUFFELAND'S *Journal*, XXV, IV, pág. 7, 74.
- [141] Sólo por conjeturas se ha honrado a la *belladonna*, colocándola en el número de los remedios, apropiados para la curación de la gota. Esta perturbación que podría tener todavía el derecho de

apropiarse el nombre de gota, no puede, ni podrá jamás curarse con la *belladonna*. Ni con otro remedio, a no ser que sea el específico para la totalidad sintomática del enfermo.

- [142] *Men, of the med, soc, of London*. 1, pág. 310, 314.
- [143] HUFFELAND'S V, I, pág. 252.
- [144] *Ibid*. T. II.
- [145] *Prax, med*, pág. 23.
- [146] *Menf, the med. Soc of London*, IV, obs. 8.
- [147] *Von der Kinkina, Schierling. Bilsenkraut, u, s. W.* Riga. 1769, pág. 162.
- [148] HUFFELAND'S *Journal*, XIX, II, pág. 60.
- [149] *Ibid*, I, pág. 354.
- [150] *De cicuta aquatica*. Bál. 1716, pág. 320.
- [151] *Edimb, med comment*, dec. II, B, VI, pág. 263.
- [152] *Opera* t. 1, pág. 172; t. II, pág. 84.
- [153] *Tratatto dell uso e modo di dare el vino nelle fevri acute*. Roma. 1600.
- [154] *Epist*, t. II, lib. 2 ep. 8.
- [155] *Cal, Aurel. Acut.* 1, I, c. 16.
- [156] HUFFELAND'S *Journal*, XVI, pág. 92.
- [157] *Uber den Werth des hmoepathischen Heilf. Heildeberg*. 1824, pág. 75.
- [158] HUFFELAND'S *Journal*, X, IV.
- [159] *En Salz, med chirurg. Zeitung*. 1805, III, pág. 110.
- [160] *Vers, weber die Krankheiten denen die Europaer in heissen Klimaten unterworfen, sind*. Riga.
- [161] *Edimb. Versuchen*, V. P. 1, art. 12.
- [162] ROEMER, *ananen der Arzueimittellber*, I, II, pág. 6.
- [163] *Von Scharbock, Lustseuche*, u, s, w. Munster. 1787, pág. 295.
- [164] *Opü vires fibros cordis debilitare*, etc. Munster. 1775.
- [165] *Opera*, pág. 654.
- [166] *Magazin fuer Therapie*, 1, I, pág. 7.
- [167] *Act, reg, soc, med, Hafn*. III, pág. 202.
- [168] STRUVE'S *Triumph*, der Heilk, III.
- [169] HUFFELAND'S *Journal*, XII, 1.
- [170] *Ratio medendi*, V, pág. 126.
- [171] *Opü usus et abusus, sec.* II, pág. 260.
- [172] *Eph, nat, cur*, dec. III, ann, 1, App, pág. 131.
- [173] *Opiología*, pág. 120.
- [174] *Anfangsgruenda der Wundarzneikunde*, V, pág. 328. *Chronische Krankheiten*. Berlín. 1816, II, pág. 220.
- [175] *De officio medici*.
- [176] *Medicin, rat, system*, t, IV; t, II, pág. 207.
- [177] *Beobachtungen und Schluesse*, II, pág. 7.
- [178] HUFFELAND'S *Journal*, X, 1, pág. 77.
- [179] *Med, ratio, system*, III, pág. 92.
- [180] V. ***Fragmenta de viribus medicamentorum positivis***. Hahnemann. Leipzig. 1805, pág. 83.
- [181] *Act, reg, soc, med. Hafn*, II, pág. 302.
- [182] *Auserles. Foelle*. Altemb. 1776.
- [183] *Opera*, ed. Reichel, t, II, pág. 124.
- [184] Digo los síntomas más graves que empiezan a declararse, porque el resto del tratamiento exige otras consideraciones, pues, aún cuando haya gonorreas muy ligeras, que luego desaparecen por sí mismas, y casi sin ningún auxilio, se presentan otras de una gravedad, principalmente aquellas que han venido a ser tan comunes desde las campañas de los franceses, y que comienzan por el coito, como la sífilis, aunque sean de una naturaleza completamente distinta.
- [185] *Ausicabl aus den Nurnberger gelehrten Unterhaltungen*. I, pág. 249.
- [186] *Med. National Zeitung*. 1798, pág. 153.
- [187] HUFFELAND'S *Journal*, VII, II, pág. 168.

- [188] *Edimb, med comment*, IX.
- [189] HUFFELAND'S *Journal*, IV, pág. 195.
- [190] *Neuste Efabrungem*. Glog, pág. 1801.
- [191] *Mén de la Soc, d'emulation*, I, pág. 195.
- [192] *Beddes*.
- [193] *Sammlung auserles. Abhandl, fuer prac. Aerzt*.
- [194] *Ibid*. XIX, I.
- [195] HUFFELAND'S *Journal*. XII, I, pág. 116.
- [196] *Versuch weber die gereizte Muskel und Nervenfaser*. Posen Berlín. 1779.
- [197] *De ulceribus et tumoribus*, lib. 2. Venecia. 1563.
- [198] *Journal de med, chir, et pbarm*. LVII. 1752.
- [199] *Konigl, vetensk. Hundl, f, a*. 1776
- [200] *Obs, et, cur*, cent. II, cur. 34.
- [201] *Act, nat, cur*. II, obs. 10.
- [202] *Annalem der Staatsarzneyk*, I. I.
- [203] HUFFELAND'S *Journal*, septiembre 1813, pág. 48.
- [204] *Anatom, vitrioli, tr. II. In Opp, med chym*. Francfort. 1647, pág. 381, 463.
- [205] *Act, nat, cur*. VI.
- [206] *Annalem der Staatsarzneykunde*, loc, cit.
- [207] *Obs, medt, cent*. Bál. 1677, obs. 66.
- [208] *Sammlung merkwuerd. Foelle*. Nuremberg. 1750.
- [209] *Med, comm, of Edimb*, dec. II, t, I, pág. 85.
- [210] *Mis, nat, cur*, dec. I, an. 2, pág. 149.
- [211] *Sammlung auserles. Abhandl*.
- [212] *De morbis int, capitis*. Amsterdam. 1748, pág. 253.
- [213] HUFFELAND'S *Journal*. II, pág. 264; Burdach, *System, der Arzneien*. I. Leipzig, 1897, pág. 284.
- [214] *Samml, auserles. Abhandl*. XII, pág. 62.
- [215] *Ibid*. XI. 3, pág. 672
- [216] *Waarnemingen*, nº 18.
- [217] HUHNS'S, *phys, med. Journal*. 1800, enero pág. 58.
- [218] *Opera*, pág. 213.
- [219] *Comment, in J. Poppü chyns, med*. Leipzig. 1638, pág. 223.
- [220] *Recueil, period, de littérature*. I, pág. 20.
- [221] *Magazjn*. II, II.
- [222] *Act, nat, cur*. VI, app.
- [223] *Geschichte und Versuche einer chirurg. Gesellschaft*. Copenhag. 1774.
- [224] *Jurisprudentia medica*. V, pág. 600.
- [225] *Specimina medica*. Berlín. 1781, pág. 99.
- [226] *Traité des maladies véner*. II. pág. 368
- [227] *Loc, cit*.
- [228] *Descript de l'Egypte*, t. I.
- [229] *Annalen einer Austalt fuer Wahnsinnige*. Hanover. 1804.
- [230] HUFFELAND'S *Journal*. XVI, I, pág. 24.
- [231] *Edimb, med comment*. IX, I, pág. 8.
- [232] *Medic. Wochenblatt*, 178, núm. 1.
- [233] *Magazjn fuer specielle Therapie*. II, pág. 334.
- [234] *Medic, inquir, and observ*, núm. 6.
- [235] *Med, obs, and, inquir*, núm., 19, pág. 211.
- [236] RICHTER'S, *chirurg*. Bibliotheca. V, pág. 737-739.

[237] Se ha querido también curar el crup por medio del mercurio, pero casi nunca se ha conseguido; porque este metal no es capaz de producir por sí mismo, en la membrana mucosa de la tráquea, un cambio análogo a la modificación particular que esta afección imprime en ella. El *hígado de azufre*, que

excita la tos, impidiendo la respiración, o mejor aún como lo he experimentado con la esponja tostada o *Spongia tosta*, actúan de un modo homeopático en sus efectos especiales, y por consiguiente son muy eficaces, sobre todo con micropotencias muy fraccionadas.

Con respecto a las dosis -microdinamizaciones- fraccionadas. Est. *Org. Afé.* 246-248. N. del C.

[238] HUFFELAND'S *Journal*. XII, II.

[239] *Medic. Bemerk*, pág. 161.

[240] HUFFELAND'S *Journal*. VII. 14.

[241] *Lond, med, journ*. 1788.

[242] HUFFELAND'S *Journal*. I, pág. 362.

[243] *Ibid*. 1809. VI, junio, pág. 57.

[244] HUFFELAND *Journal*. V, pág. 605-510.

[245] *Ibid*. X, II.

[246] *Obs, med chir*. II, cas. 10.

[247] *Diss, med, prac*. Goettin. 1776.

[248] *Adversaria*, P. II, sect. 4.

[249] *Bertholon de St, Lazare. Medicinische. Electricitae*. Leipzig. 1788, t. I, pág. 239-240

[250] *Ibid*, pág. 232-233.

[251] *Ibid*, pág. 232, 249-251.

[252] *Berth, de St. Lazare. Medicinische Electricitae*. Leipzig. 1788, t. I, pág. 52, 250.

[253] *Ibid*, pág. 274.

[254] *Ibid*.

[255] *Recueil sur l'elect, medic*. II, pág. 386.

[256] *Neue Bemerkanger und Erfabrungen*. III.

[257] *Experiences et observations sur, l'electricité*.

[258] *Philos, trans*, vol. 63.

[259] *Loc, cit*.

___* Dichos medicamentos y curaciones realizadas por el SSC, se destacan en orden alfabético en el **IAGOM**, bajo el término: **Curaciones Homeopáticas**. N del C.

[260] Nos parece posible que aparezca en algunos otros casos esta curación homeofiláctica o preventiva. Sabemos también que los trabajadores en lana, pueden preservarse de la sarna, llevando consigo, en las medias, azufre pulverizado y, la fiebre escarlatina, encuentra su homeofiláctico en la administración de una dosis -microdinamización- de *Belladonna*.